FRAY MOCHO



Tipos de la Boca

Número 581



FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA

''Bordejeando''.

Fot. Cornet y Aranda.

FRAY MOCHO

Año XII | Buenos Aires, 12 de junio de 1923 | Núm. 581

GENTE ALEGRE, por Luis CAPUANA

Todos creían por entonces que los Verona, en razón de su apellido eran hebreos.

—No; no eran hebreos ni cristianos—decía el señor Moretti que los invitaba con frecuencia a sus veladas.— Son gente alegre y vivirán cien años.

Se los veía en todas partes: en el teatro, en la sala de los conciertos, en las reuniones privadas, en el Círculo Artístico; el padre abotonado siempre en la levita que había ya perdido un poco el color, con el sombrero de copa que databa de varios años y con ciertos guantes cenicientos evidentemente veteranos en friegas de bencina, una especie de melena de tenor sin contrato y un aire de suficiencia que hacía sonreir a los que le conocían de cerca; la madre alta, obesa, vestida por lo común de color obscuro, de tez morena, con ojos todavía vivarachos y llenos de astucia, labios carnosos que en su juventud debieron ser voluptuosos, gesticulación afectada, y una garrulería extraordinaria que dejaba aturdido a quien tenía la desgracia de verse obligado a escucharla.

De las tres hijas, la mayor se parecía al padre, especialmente en los ojos, en la nariz, en el color rosado de la tez, y también en el aire de importancia que asumía cada vez que se acercaba al piano para cantar, acompañada por la hermana, pianista habilísima.

Cantaba muy erguida, dirigiendo la mirada a lo alto, como si concediese una gracia dejando oir su voz bien modulada, pero no muy robusta. Y, naturalmente, aplaudida por el auditorio cortés de los salones, agradecía con leves inclinaciones de cabeza, como si creyera que aún le quedaban debiendo algo pero que ella no se preocupaba.

La otra hermana, flaca, rubia, de ojos muy vivaces, labios siempre sonrientes y manos huesudas con largos dedos que el constante ejercicio del piano había desarrollado demasiado se parecía a la madre por la charla y por la soltura de maneras acompañada a menudo por alegres carcajadas. Una vez invitada, se dirigía a sentarse al piano con una extraña actitud de resignación, pero inmediatamente parecía animarse, erguía la cabeza y afrontaba el trozo musical con entusiasmo creciente, como si se trabara en lucha con el teclado y experimentara placer en dominarlo con esos sus largos dedos, que ya golpeaban con firmeza, ya se deslizaban agilísimamente, ya acariciaban el marfil para volver en seguida a caer, a revoletear, a entrecruzarse hasta la nota final. Y luego se ponía de pie, con un suspiro de alivio, y parecía decir a los oyentes que aplaudían: —"¡Gracias! se molestan por una cosa de nada". Justamente lo contrario de la hermana que cantaba.

La menor no poseía ninguna cualidad artística, por lo cual era en esa familia como una intrusa.

Fina, elegante, con una expresión de bondad en el aspecto y en la actitud, también a ella le agradaba charlar y reir; y a menudo, mientras la hermana mayor cantaba y la otra tocaba, ella se quedaba junto a la puerta, conversando con alguna joven, con algún señor, y refiriendo algún chisme, más o menos inofensivo, sobre los invitados.

La señora de Verona reinaba entre las madres y las señoras mayores de las reuniones en que sus hijas representaban "dos números principales del programa".

Quien la oía hablar no tardaba en creer que era un sacrificio el que hacían: para favorecer a una familia debían dejar descontenta a otra.

—Y hasta ha ocurrido que mi marido y yo contragimos compromisos diversos, poniéndonos en gran aprieto. Algunas veces lo remediamos así: mi marido y Elena fueron a una parte, y yo y Clemencia a otra. Pero, ¡cosa de reir!: donde iba Elena no se necesitaba una que cantara sino una que tocara el piano, y viceversa. Ahora, antes de aceptar una invitación lo pienso dos veces. Una cosa es ser complaciente y otra verse atormentada por haber cedido a un impulso de bondad.

Y proseguía:

—¡Estas pobres muchachas no conocen un día de descanso! Parece que pasan de una diversión a otra, y, en cambio, pasan de una fatiga a otra. ¿Acaso podemos dejarlas ir solas? Yo, durante el día tengo mis lecciones de alemán; mi marido su empleo en lo del abogado. La vida es dura: si no se trabaja, no se come. Las entretenidas veladas en casa de amigos y conocidos deberían ser para nosotros un esparcimiento, un descanso... En cambio... Con esa voz de ruiseñor Elena podría presentarse en el teatro y ganar tesoros. Pero hay que considerar el nombre que uno lleva, el honor de la familia. Desgaciadamente, los Verona no son unos desconocidos. ¿Adoptar otro nombre? ¡Linda ficción! ¿Quién no sabe que la célebre... ¿Oye? Con un gorjeo como este, Elena provocaría el delirio en un teatro. A hablar con franqueza, yo no haría caso de ciertas convenciones sociales, pero en este punto mi marido es irreductible. Humos de nobleza, prejuicios... todo lo que ustedes quieran... pero ¿quién le saca eso de la cabeza?... Y quizás tenga razón. Y por eso nos conformamos con ser... lo que somos... Podríamos presentar a nuestras hijas como concertistas... ¡Ah, yo sé bien cuánto cuesta lograr que un concierto tenga éxito. Ruega aquí, recomienda allí, y uno cree haber colocado cuatrocientas o quinientas entradas, y al último, tanto por el salón, tanto por los porteros, tanto por esto y por otro, resulta que es más lo que va a parar en manos de los demás que a las de uno. Si en cada invierno Elena y Clemencia dan dos conciertos, lo hacen por amor propio de artistas, nada más.

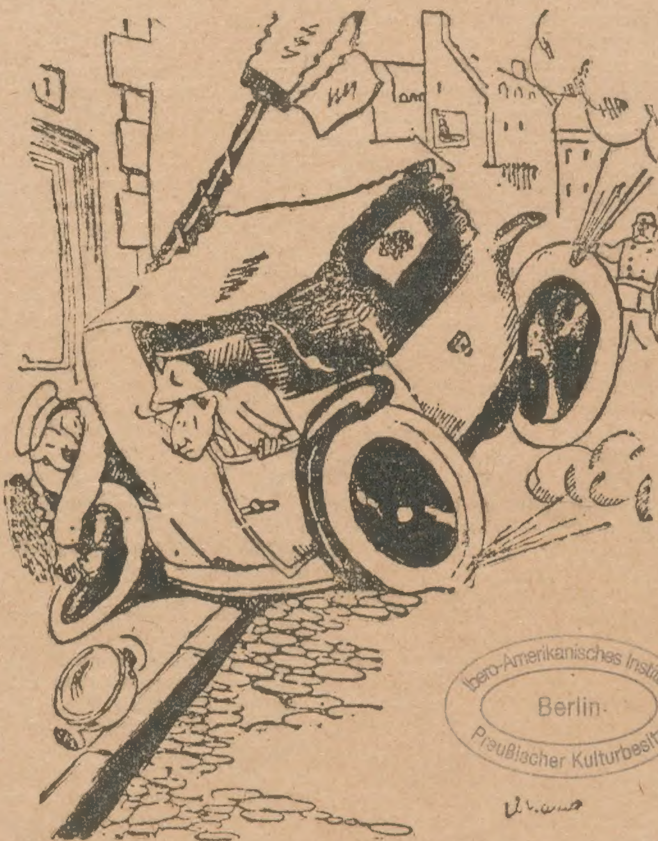
Si los invitados, los amigos, los parientes del señor Moretti no hubiesen iniciado un movimiento hacia el comedor donde se había preparado el buffet, la señora Verona hubiera continuado sus eternas confidencias a las dos viejas que tenía a su lado y a quienes veía por vez primera.

El señor Verona acudía al encuentro de su mujer con un platillo colmado de masas y dulces, apresuradamente preparado para ella. Conocía sus gustos y había elegido las golosinas mientras en la sala se cantaba, previendo el asalto que los invitados no tardarían en llevar a la mesa. Anticipadamente había pensado para sí y los capaces bolsillos posteriores de su levita cargaban ya bombones y otras golosinas para llevar a casa. Poseía una manera tan discreta de extender las manos y guardar en los bolsillos que los pocos, muy pocos

En "El grillo de oro"

Un niño campesino arrancado de su hogar para ir a servir a un amo brutal... Después la gente dice: "¡Matarse! ¡Un chiquillo! ¡Qué locura!". Carlos Dadone relata esta obscura, apenas advertida, tragedia infantil, en su cuento en "El grillo de oro" que publicaremos en nuestro próximo número.

TRANQUILO Y CONFIADO



—¡No es aquí, chauffeur! ¡Le dije que parara en el número 240!



que la advertían, volvían a otro lado la cabeza sonriendo. Por lo menos el señor Verona ponía en ese acto cierto pudor orgulloso, mientras que otros... Por otra parte, ¿no eran una tentación todos esos cigarrilos, esos cigarros expuestos allí, ofrecidos por el señor Moretti a sus invitados?

Las tres hijas, delante de esas golosinas, parecían convertirse en otras personas; las invadía una alegría loca; reían y hacían reir, con sus ocurrencias chistosas. La señora Verona, que aún en el comedor ocupaba cómodamente un sillón, sentía, por momentos, la necesidad de intervenir:

—¡Elena! ¡Vamos! ¡Peor que una chiquilla!

—¡Clemencia! ¡Vamos! ¡Un poco más de seriedad!

Sólo Rosaura, la hija menor, charlaba y reía, pero con mesura, en medio de cuatro o cinco jóvenes que se creían autorizados a susurrarle frases audaces, que ella fingía no oir o no entender.

Al cabo de un momento, la dejaban para dedicar sus atenciones a otras jóvenes menos tontas, como ellos decían, a las otras dos hermanas, por ejemplo, que respondían con viveza a sus impertinencias, entre uno y otro bombón, entre una y otra copita de marasquino, entre una y otra cucharadita de helado.

Esa noche, Rosaura se había quedado casi medio escondida tras el cortinado de una ventana, y Pedro Cotini, que acababa de tomarle el platito vacío, le decía insistentemente:

—¿Y entonces?... ¿Qué me contestas?...

—¿Qué quieres que te conteste? Mi situación no ha cambiado; la tuya, como dices, más bien ha empeorado. Cometeríamos una verdadera locura creándonos una familia.

—Reflexionas demasiado. Quien mucho reflexiona poco ama.

—Reflexiono mucho porque te amo demasiado... Te diré algo que es para mí un desgarramiento del corazón... ¡Renunciemos a nuestro sueño!... Te devuelvo tu palabra.

—Si no nos halláramos aquí, entre tanta gente, me pondría a llorar a gritos... No sé cómo puedo escucharte sin entregarme a un acto desesperado. ¡Renunciar a nuestro sueño!

Voluntariamente... y es lo mejor que podemos hacer. Te lo he escrito esta mañana. Y he dicho "voluntariamente" con amarga ironía. ¡No insistas, Pedro!

Y dejó solo al joven escultor esforzándose por disimular la gran turbación que la estremecía.

En el grupo que rodeaba a las dos hermanas se discutía el proyecto de un pic nic. No se decidían por el lugar.

—Bien: ¿aceptan "Villa Pamfily" a orillas del lago?

—Eso es: arrojaremos migas a los cisnes.

—¿Cisnes? Son patos.

—Gansos, diría yo.

—¿El jueves?

—¡El jueves!

—Pero, quisiera saber...—insinuó el señor Verona.

—Las señoras quedan invitadas, y usted también. No nos venga con excusas.

Era cosa sabida que los Verona, la "tribu Verona" debía ser siempre invitada. El gesto del padre que en ciertas ocasiones parecía que iba a sacar la cartera, era ya famoso y su resultado también conocido. Muchos se preguntaban cómo lograba pasar el fin de mes esa familia, y precisamente en esto se apoyaban las esperanzas de ciertos solterones que tenían sus pretensiones con respecto a Elena o a Clemencia. Y entre sí, los más porfiados, decían:

—¡Oh, esas dos son astutas!

—Caerán por exceso de astucia.

No eran astutas, sino ligeras, triviales. En su casa se vivía al día, sin ninguna preocupación del mañana. Los llamaban también los "errantes" porque cambiaban de domicilio con mucha frecuencia; no por voluntad suya, sino porque los dueños de casa se dejaban impresionar un poco por el aire de suficiencia del padre y la charla de la madre, pero cuando veían pasar los meses sin recibir un centavo del alquiler, decían al señor Verona o a la señora:

—Por consideración a usted y a las niñas, le ruego que me desocupe el departamento. Nada más le pido.

—Bien, si usted lo quiere así...—respondía la señora, con un aire un poco ofendido.

El día de la mudanza era casi una fiesta para las jóvenes y aún para la madre, que dirigía las operaciones.

Esos pobres muebles, lanzados de un lado a otro cada cuatro meses, rara vez cada seis, mostraban las heridas ocasionadas por el descuido de los mozos de cordel. Los baúles, rotas las cerraduras, debían ser atados con cuerdas; era ya imposible contar las abolladuras y las rajaduras en las cajas de sombreros.

—¡Nos olvidábamos este paquete!

—¿Dónde ponemos esto?

—Hagan con todo un bulto, envolviéndolo con aquella frazada,—sugería la madre.

Y parecía que las señoritas rellenaban un muñeco de carnaval, de la risa que les causaba la operación de atar el bulto.

Ante el patrón de la nueva casa la señora Verona se desahogaba:

—¡Una ratonera! Tuvimos que escapar a los pocos meses. Nos engañamos al alquilarla. Una casa no puede ser apreciada sino viviendo en ella. Aquí se respira.

Pero toda casa que debía ser dejada se convertía en seguida en una ratonera.

¿Cómo vivían? ¿Con qué? Mal y con lo poco que el señor Verona ganaba trabajando de escribiente en el estudio de un abogado; con el producto de las pocas lecciones de alemán que la madre daba en casa de sus alumnas, y con los pequeños regalos, eran una remuneración velada,—que la cantante y la pianista recibían y que la madre, hábilmente, sabía provocar y a veces convertir en efectivo.

Después de tantas diversiones, después de noches de teatro, con entradas a palco recibidas gratuitamente de un empresario o de un cantante amigo, después de un baile en el Círculo Artístico, llegaban días muy duros.

Marido, mujer e hijas, se preguntaban:

—¿Comeremos hoy?

—El abogado ya me adelantó...

—Mis alumnas también... ¿Qué haces, Elena?

—Me pongo el sombrero para ir a hacerme invitar a comer en lo de...

—¡Oh, Elena!

—Vayamos a lo de Pagnuco. Nos fiará...

—Acuérdate que la otra vez quedamos en darle cuatro liras.

—Se pondrá contento al volver a vernos.

—¡Sí, sí, mamá! ¡A lo de Pagnuco! Se come bien.

Y lo decía como si ir a lo de Pagnuco fuera un capricho.

Poco después los cuatro penetraban en el restaurant, riendo bulliciosamente.

—¡Estimado Pagnuco: todo nos sucede a nosotros!

El señor Verona y las hijas callaban, disponiéndose a admirar lo que la madre iba a decir:

—Nos invitan a comer para hoy... Salimos de casa tranquilos, y al llegar a la puerta de nuestros amigos... ¿qué imagina usted?: ¡de duelo!... luto por un pariente... ¡y adiós comida! Entonces, tomados así desprevenidos, nos dijimos: ¡Vayamos a casa de Pagnuco: será para nosotros la providencia! Haga, pues, de cuenta que nos ha invitado... Quítenos el hambre como usted quiera. Comeremos, como quien dice, a ojos cerrados.

Terminada la comida y mientras las damas se disponían a retirarse, el padre asumía su aire de suficiencia y estrechando la mano del dueño del restaurant, le decía:

—Pasaré uno de estos días. Tenemos también aquella cuentita...

Una mañana el señor Verona había salido temprano, con su mujer, para ir a tratar de apaciguar a un acreedor que ya había protestado un pagaré de trescientas liras. Regresaron de mal humor.

—Ese perro no quiere oir razones. Vendrán a embargarnos. Tiraría todo por la ventana con tal de no dejarle salir con la suya.

No se habían visto nunca en semejante aprieto. La idea de la aparición del oficial de justicia para el embargo, desconcertó a las jóvenes. No lloraban porque no sabían llorar, pero se miraban mutuamente, con expresión de terror.

La señora exclamó de pronto:

—¡Déjenme hacer a mí!—Y salió de casa. Regresó al cabo de diez minutos, con expresión de triunfo.—¡Pronto!, ¡pronto! ¡Llevemos todo aquí al lado!

Las señoritas recobraron pronto el buen humor. Sillas mesitas, baúles, bultos de ropa, todo fué transportado, en medio de risas de un departamento a otro, acumulando todo en la antesala de la señora Rosani, que sonreía ante el espectáculo de esa mudanza insólita. El señor Verona se había instalado en la puerta de calle, a fin de señalar, llegado el caso, la presencia del enemigo.

Aun no habían terminado la mudanza, cuando llegó la criada de la señora Moratti con un papel:

"Vamos a lo de Scarpone. Vengan. Pasarán la velada en mi casa."

—¿A qué hora?—preguntó Elena a la criada.

—A las dos.

Disponían apenas de una hora y cuarto. Se hallaban cubiertas de polvo, desgreñadas. Y una hora después, se las veía prontas para salir, peinadas, engalanadas...

—¿Y tú?—preguntó la señora a Rosaura.

—¿Yo? Me quedo en casa. Tengo un gran dolor de cabeza.

—¿Quieres echarnos a perder la diversión?—dijo Elena.—No importa: iremos lo mismo.

—Sí; desde hace un tiempo, se está haciendo la... romántica,—agrego Clemencia:

—Me quedo en casa,—repitió obstinada.

—Si llaman a la puerta, no abras,—recomendó la señora Verona. Pero sería mejor que vinieras con nosotros. Se te irá, con el aire, el dolor de cabeza.

—¡Me quedo!

—¿Acaso vamos a quedarnos suplicándole?,—dijo Clemencia.

El padre había encendido ya un resto de cigarro que encontró en el fondo de un bolsillo. También él se había olvidado del pagaré protestado y de la amenaza del embargo. Hasta se daba aire de joven, con el chambergo un poco a un lado. No había dicho una palabra a la hija para inducirla a acompañarlos. Abrió la puerta, hizo pasar primero a las damas, y se limitó a recomendar a su vez.

—Si llaman, no abras.

El señor Moretti, que pasaba por casualidad, los vió en la puerta de calle y se aproximó para saludarlos. Sabía del aprieto en que se encontraban porque el día anterior marido y mujer habían ido a verle, a causa de ese maldito pagaré y él se había excusado.

—Trescientas liras no es algo de que uno disponga en todo momento. Ahora no puedo.

La señora Verona le repuso:

—Las reuniremos, un poco aquí, o un poco allí. Favorézcanos con lo que pueda.

Y Moretti se había resignado a darles veinte liras.

Y ahora, al verlos allí, impacientes, a la espera de alguien, se acercaba a saludarlos.

—¡Papá! ¡Aquí viene un coche!—dijo Elena.

Verona hizo una señal al cochero.

—Llevo estas pobres chicas a que tomen un poco de aire por las afueras. Yo también lo necesito.

—¡Que se diviertan!—repuso el señor Moretti sonriendo ante la frescura de la señora de Verona.

Los vió subir al coche, como personas que no debían preocuparse de nada más que de divertirse y pensó:

—Después de todo, éste también es un modo de resolver el gran problema de la vida... Gente alegre, Dios la ayuda...

Y contestó con la mano al saludo que le dirigieron los Verona al doblar la esquina.

ILUSIONES SOCIALES



—¡Dios mío: cuándo llegará la era de la igualdad de los sexos!... Estoy harto de ser maltratado por mi mujer.

El doctor Antonio Dellepiane escribió el siguiente Prefacio de la última obra de Carlos Correa Luna, titulada "Historia de la Sociedad de Beneficencia"

"Todo el mundo conviene en decir que la caridad oficial se ejerce inadecuadamente por el órgano de una administración, insensible como una máquina. Allí, verbi gratia podría ejercitarse con provecho la influencia de la mujer. Sus manos suaves y ligeras, saben, en efecto, mejor que las nuestras, vendar las llagas y curar las heridas. Si las mujeres intervinieran en la asistencia pública le aportarían un elemento nuevo: la sensibilidad. Porque, sólo ella sabe socorrer delicadamente, sin ofender al pobre, siempre receloso y susceptible. Donde nosotros no procuramos sino una ayuda material, sino una seca limosna, ella añade un poco de emoción. Da, al par de su luis o su escudo, el ramo de violetas de su bata, estrecha en sus brazos al niño enfermo, hace gran bien a los infortunados con una lágrima de compasión, con una sonrisa de aliento".

Así se expresaba, hace cosa de 20 años, Francois Coppee, señalando imperfecciones y sugiriendo reformas que parecen de intento dirigidas en elogio y justificación de nuestra Sociedad de Beneficencia. Las atinadas ideas del autor de "Les Humbles" continúan todavía hoy, siendo consideradas en el consenso universal antes bien como sueños de poeta que como pensamientos de legislador práctico, pues, en ningún país que sepamos, con excepción del nuestro, se ha puesto a la mujer al frente de la asistencia femenina e infantil confiándole la superintendencia y administración de vastos y numerosos establecimientos públicos y concediéndole la facultad y los medios de gastar, para sostenerlos, varios millones del presupuesto de la Nación. Por tal modo, la Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires resulta ser una institución original, genuinamente argentina, con mejores títulos sin duda, que otros de nuestros hábitos o peculiaridades nacionales para ser difundida y copiada en las sociedades cultas de ambos continentes. Bien merecía, pues, que se la hiciera conocer algo más en su propia patria como también en el exterior, y así los comprendieron las inteligentísimas damas de la benemérita institución al incluir en el cuadro de festejos de su primer centenario, la publicación de una Historia de la Sociedad. Confiada la tarea de prepararla y escribirla a la competencia reconocida de don Carlos Correa Luna, el distinguido historiador se dió a la empresa de desarrollar el plan por nosotros esbozado con el acierto de que es elocuente muestra la 1.ª parte de su trabajo que hoy sale a la luz pública.

En la fundación y los primeros pasos de la Sociedad de Beneficencia se patentiza, más que en cualquier otra de las creaciones de don Bernardino Rivadavia, la amplitud de la visión mental y el vuelo de águila del gran estadista. Como lo había sintetizado en su decreto sobre premios a la virtud (1.º de marzo de 1823) y lo explanó después luminosamente en su discurso de instalación de la Sociedad (12 de abril) nada menos se propuso entonces Rivadavia, antes que ningún otro hombre de gobierno del mundo—que "colocar a las mujeres en la posición que cree serles debida en sociedad". Y el medio empleado para conseguirlo no pudo ser más conducente al propósito que perseguía. "Introducir a la mujer en la vida pública por las puertas de la caridad y de la educación común", tal fué la genial concepción de Rivadavia, como lo dice con elegancia el general Mitre. A ese objeto, crea un organismo administrativo,—destinado, quizá, con el andar de los tiempos a convertirse en verdadero ministerio de Estado—y da así a la mujer argentina una discreta pero eficaz participación en las tareas administrativas, encomendándole la superintendencia y gestión de institutos, cuyas funciones maternales piadosas y educadoras tan bien se armonizan con la constitución psicológica del sexo y, su más indicada misión en la sociedad.

Pero no se satisfizo el ilustre hombre público con dar vida a la Sociedad de Beneficencia. Con solicitud y cariño realmente paternales, esmeróse, durante los tiernos años de la hija dilecta, en fortalecer su organismo y en asegurar su desarrollo. La Sociedad logró así consolidar su existencia poniéndose con ello en condiciones de salvar, algún tiempo después, sin desaparecer del todo, la era sangrienta de la tiranía, del entronizamiento de la barbarie destructora. A la caída del dictador pudo, pues, renacer más vigorosa que nunca, para desenvolverse magníficamente en las últimas décadas, hasta llegar a convertirse en la institución que conocemos, única en el mundo en su género, y a constituir un timbre de legítimo orgullo para el país en que florece y que la ostenta como irrebatible demostración práctica de las aptitudes gubernamentales y administrativas de la mujer.

El gobierno de los pueblos es un acto de fe y bien se sabe que la fe permite realizar empresas harto difíciles. No es por cierto cosa fácil reunir y solidarizar con espíritu de cuerpo a un grupo numeroso de damas, tomarles la mayor parte de su tiempo sustrayéndolas a las amenidades del mundo, absorverlas en una obra abnegada y gravosa invistiéndolas en gestoras directas de los intereses públicos y haciéndolas así partícipes de las funciones y responsabilidades del gobierno. Ese fué el acto de fe de Rivadavia en la mujer argentina y es de estricta justicia reconocer que ella respondió plenamente a las esperanzas cifradas en sus aptitudes por el grande hombre. El "iluso estadista", como lo llama alguna vez con irreverencia Sarmiento, no tocó en vano el sensible corazón de la mujer argentina para reavivar en él el fuego de la caridad, ni encendió en el espíritu de nuestras nobles matronas el amor a la cultura y a las altas idealidades, tampoco sin resultado. "Las primeras trece" fundadoras de la institución y las tres generaciones de damas meritísimas que debieron reemplazarlas en la ardua tarea, han correspondido a las previsiones del hombre de estado. Merced a la empeñosa labor de las diligentes señoras; por virtud de su perfecta comprensión de la verdadera caridad, que no tan sólo consiste en dar, sino también, y sobre todo, en darse; por obra de las luces de su fino intelecto, el débil arbusto plantado en 1823 por la mano de Rivadavia, hase convertido, un siglo más tarde, en árbol frondoso y fructificante a cuya sombra acogedora se cobijan y de cuyos benéficos frutos se aprovechan millares de criaturas necesitadas. Así lo imaginó seguramente en sus sueños de gobernante el genio creador de Rivadavia, quien, a semejanza de esos elegidos del Señor admitidos al glorioso favor de recibir en su cuerpo las estigmas y llagas del Crucificado, debió sufrir la honrosa persecución de la barbarie, y en días obscuros para su patria, fué a extinguirse en el destierro, profundamente desesperanzado de su obra, tan enfermo y agonizante de alma como de cuerpo. ¡Qué no estar en nuestro poder volverlo a la vida y procurarle la inmensa satisfacción de contemplar a su hija dilecta en el esplendor de su actual hermosura, honrada y respetada por todos, por todos amada y enaltecida!

Buenos Aires, 1.º de mayo de 1923.

¡Las danzas se van!

Las danzas modernas, las danzas exóticas, se van. Por aquí no lo hemos notado todavía, pero en casi toda Europa se habla de la próxima desaparición de esos bailes. "Le Soir" dice que la crisis del "dancing" se advierte en ciertas curiosas protestas de los músicos (¡!) de "jazz-band", de París, contra la "tasa de lujo" y los rigores de los impuestos.

Doscientos hombres, amarillos, aceitunados y negros, que la desaforada afición a la "música salvaje" hizo venir de las islas del Pacífico, de Honolulu, de Taití, de las Filipinas, de los "bajos-fondos" argentinos y de los arrabales de San Francisco asisten inopinadamente al fin de la "epilepsia rítmica".

"¡Somos bien culpables — exclama irónicamente el periódico belga—respecto a esos infortunados emigrados, respecto a toda esa gente de color, que vino para hacer nuestra felicidad!"

Y añade: "...se oye una orquesta negra, se escucha el "jazz-band", como se bebe un licor fuerte, como se mira una tela de colores vivos y dibujos excéntricos. No es un arte, es una borrachera."

Los aficionados no se impresionan excesivamente con tales palabras y tales profecías.

Las danzas modernas se van, pero lentamente. Tan lentamente, que aun durante mucho tiempo se podrá bailar al "dulce son" de los tambores, y los cascabeles, y las carracas.

Ideas siniestras

EL GORDO DE LA HAMACA



—¡A ver, chiquilines!: hace una hora que están ahí, ¿qué esperan?
—Que se rompa la cuerda.

LA CONDESITA, EL JARDINERO Y LA GATITA

(HISTORIETA SENTIMENTAL)

La hermosa y gentil condesita estaba triste, profunda y poéticamente triste. No eran sus nervios ni sus jaquecas intermitentes, no era un disgusto con el novio ni un chisme referido y mal digerido, no. La causa era más honda y grave. Afectaba sus más caros y delicados sentimientos femeninos y aristocráticos. Ester Lina o "Esterlina", su magnífica y mimosa gatita de Angora, estaba en "punto de muerte".

Se lo había dicho el veterinario, que también era doctor, en su séptima visita, después de una prolija y cariñosa auscultación y palpación de la "paciente". Sólo la "naturaleza" podía hacer un milagro (no podía hablarse de Dios en este caso, sin irreverencia). Y la rubia condesita había sentido las lágrimas "perlarle" los ojos magníficos y soñadores.

El doctor "a gatas" había explicado que la hipertrofia cardíaca producía una asistolia rápida y que los tónicos y las inyecciones sólo podían aplazar por pocas horas el funesto desenlace. La respiración estertórea de la enfermita yacente sobre un verdadero colchón de plumas forrado de raso, parecía confirmar elocuentemente el fúnebre diagnóstico y sus ojos azules y fosforescentes iban perdiendo poco a poco su fulgor, clavándose ansiosos en los ojos nublados de la condesa.

—¡Pobrecita, cariño, amor...—musitaba entre sollozos la rubia patroncita, no desdeñando acariciar con sus labios ardientes el frío hociquillo de su protegida y cuando la pobre enferma abrió la boca en un bostezo descomunal y quedó rígida en un síncope que era desgraciadamente "el desenlace", la condesita sintió que le faltaban las fuerzas y abandonándose en un sillón se puso a llorar amargamente. Allí estuvo después largo tiempo como abrumada por su desventura—la cabeza triunfal reclinada sobre el respaldo, los ojos cerrados, los brazos caídos, mientras el ritmo desigual que agitaba su seno floreciente revelaba la profunda angustia de su alma.

Y todo esto probaba—es verdad—la exquisita delicadeza de su corazón.

Y los mortales despojos de "Esterlina" tuvieron honorable sepultura. La condesita, que había viajado mucho y sabía de mausoleos de gatos y perros, no quiso abandonarlos al estercolero. Entregaría el cuerpo de su querida gatita al cantero más poético de su jardín y sobre la tierra húmeda y generosa haría sembrar las flores del pensamiento. Y así se hizo. El cuerpo de la gentil "Esterlina" fué depositado con todo cariño en su colchón de tierra por el jardinero emocionado, que sobre los piadosos terrones que le servían de sudario, sembró por mandato de la rubia condesita los pensamientos del recuerdo...

¡Con qué delicada y temblorosa mano la condesita cortó por sí misma las primeras flores! ¡Y con qué desgarrador y sentimental gesto las fijó sobre el seno palpitante! Decididamente se trataba de un alma superior...

El jardinero, conteniendo apenas las lágrimas, subyugado por tanta nobleza, rozó con su tosca mano el brazo aristocrático de la condesita, como en un deseo vehemente y sincero de transmitirle su humana simpatía por todo lo que le había visto hacer. Pero la condesita se irguió como si la hubiera tocado un reptil y fulminó con la mirada al culpable de lesa majestad.

—¿Cómo se atreve, desgraciado?—le increpó con voz atiplada por la cólera.—¡Mándese mudar inmediatamente!...

—¡No! ¡No y no!—gritó enfurecida ante las excusas y conatos de explicación del pobre prójimo y quedó con el índice tendido e inexorable.

Y mientras el confuso jardinero se alejaba corrido como un perro sarnoso bajo la tormenta de invierno, la rubia condesita—ya olvidada del incidente—sentía florecer en su corazón henchido de ternura por la pobre gatita, la primavera del recuerdo...

Domingo Lasso

La casa de periodistas en la ciudad de Méjico

En la ciudad de Méjico se acaba de inaugurar un sanatorio para el uso exclusivo de las personas que se ocupan en cualquiera rama de la industria editora o de publicación. En todo el país hasta ahora se han suscripto 2.000 personas, y 3 de los 4 pabellones de dicha casa están ya funcionando. El título de miembro concede a las familias de los socios las prerrogativas del hospital o sanatorio y los fundadores esperan que dicha institución no sólo preste valiosos servicios a los miembros de la prensa mejicana, sino que lo efectuarán mediante un costo muy módico.

Al director de uno de los principales periódicos de la ciudad de Méjico le cupo el honor de haber inaugurado este movimiento, que en seguida se consideró tan laudable que se unieron otros directores en la propaganda en busca de socios y donaciones. Por ejemplo, el dueño de una gran finca rústica en uno de los ensanches más interesantes de la capital, o sean Las Alturas de Chapultepec, regaló el sitio necesario para la construcción del hospital, en tanto que los gobernadores de varios Estados y representantes de las principales industrias, merced a las cuotas con que bondadosamente contribuyeron en efectivo, hicieron posible la fabricación de dicho edificio y conseguir el equipo del hospital más moderno que existe en aquella región central de las Américas.

PARA UN CURIOSO



—¿Tiene algo de nuevo el diario?
—Sí: la fecha.

SE ASÍ

Si tienes un secreto, que en tu alma se abisma,
guárdatelo y a nadie muestres ni tu belleza;
la gente ya no sabe apreciarse a sí misma,
ni guardar los pudores de la naturaleza.

Deberás ser discreta, dulcísima y señora,
clara como las aguas que dan vida a las viñas,
igual que los jardines, cuando llega la aurora,
alegre y sonriente, como un coro de niñas.

Se siempre compasiva con el buen peregrino,
y endúlzale la ruta de su amargo camino,
que viene muy cansado de cruzar las montañas...

Yo lo he visto de lejos, postrado de aflicción,
por no haber encontrado, en todas las cabañas,
un poco de agua fresca para su quemazón.

Adolfo GARCÍA.

LOS AMORES DE GOETHE

El propio gran poeta alemán ha dejado escrito que jamás hubo época, desde su juventud hasta su vejez, en que su corazón no se agitase al ver una mujer bella, y vivió amando sin que sus amores fueran inspirados por la sensualidad, sino por el gozo de amar. Amaba apasionadamente, era capaz de remover cielos y tierra para conquistar el ser amado y cuando lograba su anhelo se apagaba bruscamente el fuego del altar.

Una de las primeras heroínas de la larga vida romancesca de Gœthe fué Charitas, que ocupaba el mejor puesto en el encantador círculo de jóvenes de Frankford. Gœthe amó a Charitas hasta que borró su imagen otra joven de Leipzig, no menos encantadora: Ana Catalina Schonkopf conocida familiarmente por "Katchen". Tenía tres años más que el joven poeta, pero era alegre, bonita, inteligente e ingeniosa.

Pero Katchen fué destronada por la bellísima Federica Brion que indudablemente fué la primera en despertar una pasión grande y honda en el poeta. Federica erá hermosa, noble y de talento, aunque nacida en una casa de campo, en Sessenheim. Sus padres recibieron a Gœthe, que fué presentado por un amigo, con la más cordial hospitalidad. Los encantos de la vida del campo atraían a Gœthe. Las flores, las meriendas, los paseos, la música y la luz de la luna impresionaban al joven y se rindió sin reserva. Federica cantaba a Gœthe canciones populares, y Gœthe escribía sus más tiernas canciones de amor a Federica. ¿Podía dudarse del resultado? Federica le entregó su corazón y el poeta la reveló su idílico entusiasmo. Pero las relaciones no llegaron a formalizarse. Conquistar un corazón era la felicidad; poseerlo, la saciedad, y los amores terminaron. El instintivo deseo de compañía simpática no tardó en hacer a Gœthe asiduo y bienquisto visitante de la casa de Amtmann Buff, en Wetzlar. La hija mayor de la familia era Carlota Buff, a quien inmortalizó Gœthe con el nombre de "Lota" en su "Werther".

Carlota era la prometida de su amigo Kestner y por él le recibió cordialmente la familia, cuya sociedad halló deliciosa. Gœthe acaba por enamorarse de la prometida de su amigo y comienza la segunda y honda lucha en el alma del poeta. Pero no puede, no quiere hacer traición, resuelve huir, y su pasión por Lota llega a lo más hondo al ver la amable indiferencia con que ella le despide. Nadie sabe lo que Gœthe sufrió; hubo ideas de suicidio, pero el desconsolado amante se contentó muy sabiamente con describir las amarguras de un imaginario Werther que acaba quitándose la vida.

El día de Año Nuevo de 1775 fué memorable para el poeta, porque conoció a la joven y bella "Lili", la única novia oficial que figura en su existencia.

Ana Isabel Schonemann, conocida por todos los amigos y lectores de Gœthe como Lilí, era una bella y

RETORNO

El cielo, como rada entre neblinas,
poblado está de nubes de verano.
Lejos el rechinar de las carretas
y el mugir de los bueyes del arado
se oyen...
En el ambiente flota un nuevo
olor a hierba pastoril.
Cercanos,
en la niebla, se esfuman los molinos
de las granjas; y un tibio sol de ocaso,
ya extinguido, se evoca en los senderos,
por los cuales, a diario, los rebaños
vienen y van al lento son del cuerno
o el albogue.
De los distantes campos
el viento trae un rústico perfume
de valle con frescos de emparralado
y una canción de niños, que remeda
un solo de violín...
Y, como un lago,
tiembla mi corazón bajo la sombra
de los ceibos, a cuyo amor descanso
sintiendo florecer tan pura el alma
como un rosal en un jardín de encanto.
Y así, pues, conmovido ante el paisaje,
a la vera del bosque hospitalario,
por una grata asociación de ideas,
recuerdo, sin querer, de viejos años,
todas aquellas cosas que se han ido
para no volver más, ni en lo que tanto
adoro hasta hoy, viajero de provincia,
un poquito romántico;
y al fin, dichoso de encontrarme libre,
vuelto a la vida ingenua del pasado,
yo no sé por qué todo me parece
el sueño de un crepúsculo lejano...

Santos Aguilera

Buenos Aires, 1923.



brillante joven, perteneciente a una de las más aristocráticas familias de Frankford. Lilí no era novicia en sociedad. Estaba acostumbrada a la admiración y a las atenciones, y no se rendía fácilmente a los galanteos de Gœthe, que se sentía tanto más apasionado cuanto más indiferente se le mostraba la joven. Por fin, después de tres meses de cerco, la ciudadela se rindió. Gœthe creyó colmada su dicha y se sintió feliz... hasta que se anunciaron públicamente las relaciones. Entonces, por una extraña repulsión del sentimiento se creyó prisionero más que conquistador, y rompió los lazos que constituyeron a un tiempo su felicidad y su miseria. Gœthe busca consuelo en un viaje a Suiza, pero Lilí le atrae, le fascina y vuelve a su lado, la propone huir a América, para vencer obstáculos de familia, ella no accede y Gœthe rompe definitivamente las relaciones.

El suceso más decisivo y más importante de la existencia de Gœthe fué su marcha a Weimar, adonde había sido invitado por el joven duque Carlos Augusto. Allí empezó una vida completamente nueva para él, social e intelectual, pero todos los honores, todas las atenciones y todas las amistades fueron pronto olvidados por su amor y amistad con la mujer que durante los diez años siguientes había de ser la dueña de sus pensamientos. El amor que inspiró a Gœthe Carlota von Stein terminó en una amistad platónica que se mantuvo inalterable toda una década.

Gœthe no tenía más que veintiséis años cuando llegó a Weimar. Carlota von Stein era una mujer de treinta y cinco, esposa de un hombre eminente y madre de siete hijos. Es evidente que el corazón de la mujer se conmovió ante la admiración y la adoración del joven poeta. Si hubiera sido libre para corresponder a su amor, le habría entregado su corazón; pero era una mujer leal y fiel a su esposo, a su familia y a sus deberes; y cuando Gœthe la reveló inesperadamente su amor, se sorprendió y se apenó, porque no quería consentir que continuasen sus amistosas relaciones si su adorador no domeñaba su infortunada pasión.

Gœthe la leía sus dramas y sus novelas, cruzábanse diariamente entre ellos cartas y mensajes y era constante huésped de la casa de Carlota cuyo esposo aprobaba y participaba de la amistad del poeta. Los niños le querían tanto que uno de ellos fué educado por Gœthe.

Durante este período el poeta fué también constante admirador de Corona Schroter, hermosa cantante y actriz que frecuentemente tomaba parte en las festividades de la corte y para quien Gœthe preparaba muchos papeles.

Pero a medida que pasaron los años, el alma de Gœthe empezó a sentirse inquieta y cansada de aquel medio en que vivía, y emprendió un viaje a Italia. En Castel Gandolfo conoció y se enamoró ardientemente de una bella joven, cuyo retrato dibujado por él mismo es uno de los más exquisitos tesoros de arte. Era "la hermosa doncella de Milán" y la adoró como adoraba Gœthe hasta que al cabo de dos años sintió nostalgia de la patria y regresó de pronto a Weimar. Deseaba, sin duda, volver a su antigua vida, sin acordarse de que ya contaba cuarenta años y había visto mucho mundo. Por eso no halló en Carlota von Stein ya cincuentona y estropeada por las dolencias, la realización del ideal que había acariciado en Italia. Ella, con su instinto de mujer, lo comprendió en seguida. Su cetro habíase roto y sintió herido su orgullo femenino. La frialdad y la reserva eran sus únicas salvaguardias. La separación era inevitable.

A las cuatro semanas de hallarse en Weimar, Gœthe había entregado su corazón y su casa a una joven con la que contrajo matrimonio de conciencia. La joven Cristiana Vulpius era de humilde cuna y carecía de educación, pero era linda, amable y pura. El matrimonio de conciencia lo consideró Gœthe tan serio como una unión legal, pero todo Weimar se escandalizó cuando lo supo, porque durante algunos años nadie se enteró de la presencia de Cristiana en la casa del poeta.

Cuando las tropas francesas invadieron a Weimar, Cristiana salvó la vida de Gœthe con serenidad y valor, de los ataques de la ebria soldadesca, y en el corazón del poeta surgió la gratitud y decidió hacerla su esposa legítima, legalizando así la situación de su hijo.

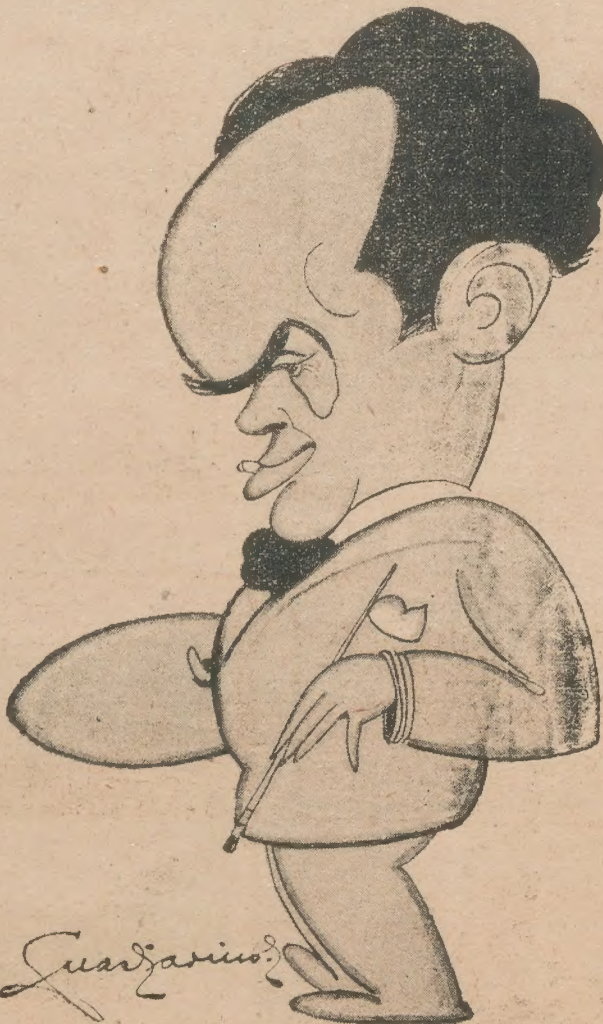
La boda se celebró en octubre de 1806, y el "glorioso" Gœthe que en su juventud había temido que Federica Brion no fuese digna de presentación en casa de su padre, o que la unión estorbase el perfecto desarrollo de sus facultades intelectuales; aquel hombre a los cincuenta y siete años y en la cumbre de su fama tomaba por esposa una mujer de ínfima condición social, cuyo reconocimiento pedía en vano a sus amigos. Tal era la amarga ironía del destino. Todos sus esfuerzos y la tardía justicia rendida por Gœthe a Cristiana llegaron tarde. Su hijo fué aceptado como legítimo, pero la esposa de Gœthe no fué recibida jamás en la sociedad de Weimar.

Cristiana murió repentinamente el 6 de junio de 1816 dejando a Gœthe desolado y con el corazón transido de dolor.

Las últimas horas del gran poeta tuvieron que ser endulzadas por la esposa de su hijo, que se casó un año después de haber muerto su madre.

Los últimos años de su larga vida los pasó Gœthe trabajando "sin prisa y sin descanso" para concluir la simétrica y piramidal estructura que desde su juventud aspiraba a construir con los elementos de su inteligencia. La cúspide la alcanzó en 1832, cuando el poeta murió a la edad de ochenta y tres años. Había sobrevivido a su esposa, a su hijo y a todos sus amigos más íntimos, pero reyes, príncipes y sabios de todos los países rindieron homenaje al gran poeta cuyas últimas palabras fueron: "¡Luz, más luz!"

CARICATURAS DE GUASTAVINO



El notable pintor español Anselmo Miguel Nieto.

DUALISMO

Hay dos seres en mí. Marcha llevando
uno el ritmo insensible de la vida,
lírico el otro, en ansia indefinida,
va del sueño en las ánforas libando.

Este es mi hiperestesia, mi desvelo,
el aguijón punzante que me exita,
ignoto palpitar que desorbita...
¡siempre en las nubes, lejos, en el cielo!

Es emoción de mármol cincelado,
luz de paleta, llanto de elegía:
sutil, inquieto, pugna con la fría
razón del otro, atento y reposado.

¡El otro!... sempiterno Buen Sentido,
Calibán, Sancho que su gris derrama
en las rosas del lírico y que llama
calcio a la estatua y al acorde ruido...

Bendice tú ese afán que yo bendigo,
porque—resorte, imán, fuerza incoercible—
me eleva al mundo azul de lo imposible
para morar contigo!

Horacio H. Sívori

Campanas gordas

Las campanas chinas suelen ser de gran tamaño. Nankin era famoso en la antigüedad por sus enormes campanas. En Pekín hay, o había, siete, fundidas durante el reinado de Zoulo, cada una de las cuales pesaba ciento veinte mil libras, pero a pesar de su tamaño, las campanas chinas suenan poco por tener el badajo de madera.

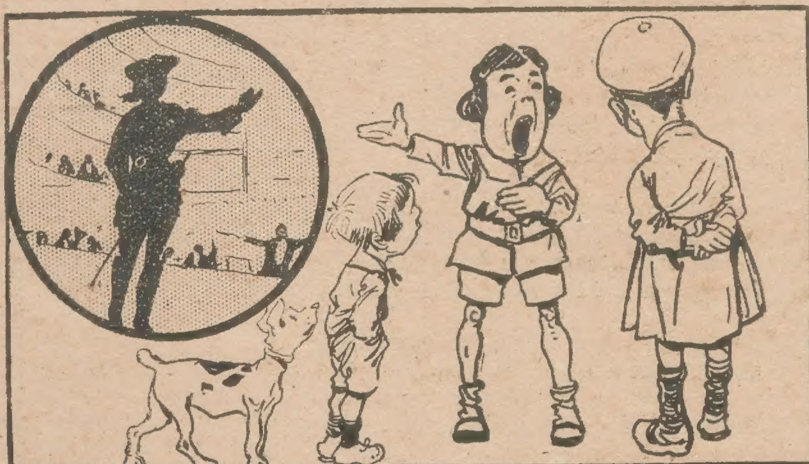
La campana que regaló a la catedral de Moscou el zar Godunof, pesaba 288.000 libras, y otra regalada por la emperatriz Ana, pesaba 432.000 libras.

En diversos puntos de Inglaterra hay varias campanas cuyo peso excede de doce toneladas.

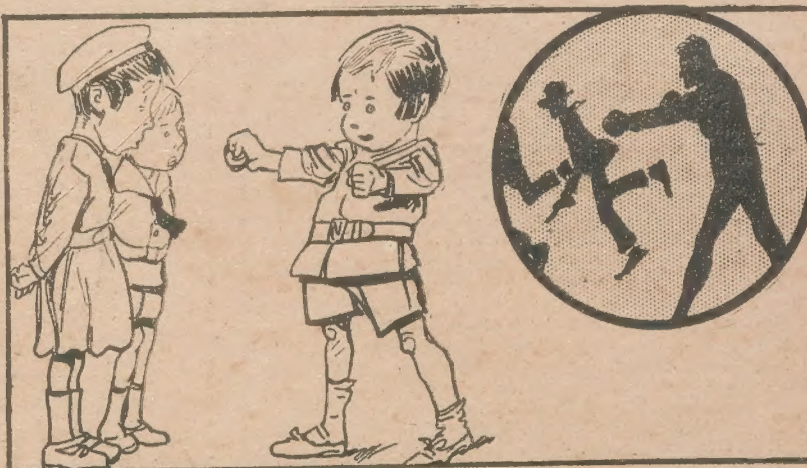
Según Hazlitt las campanas grandes que se usan en las iglesias las inventó Pablo, obispo de Nolia en Campania, y de ahí procede su nombre.



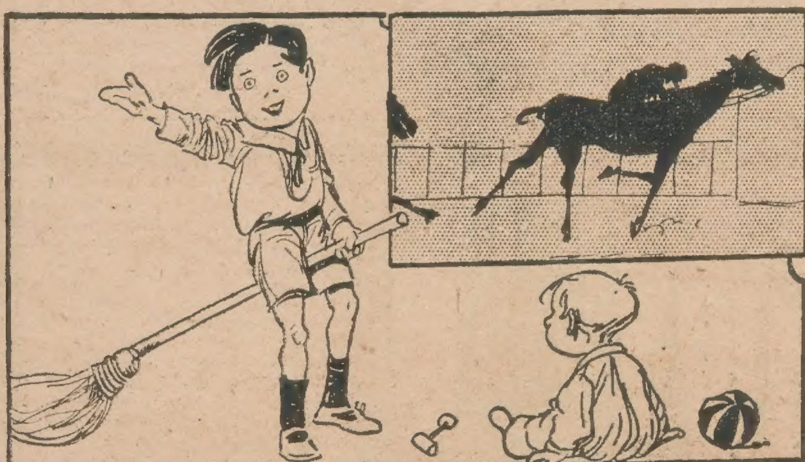
LO QUE QUISIERAN SER



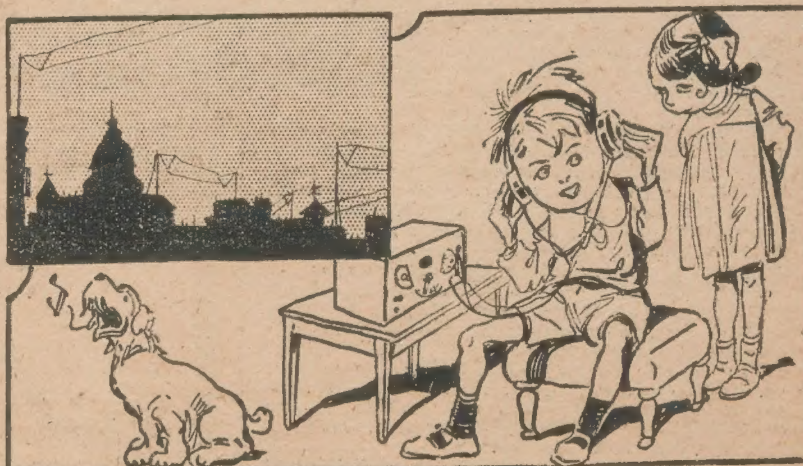
Fleta, el gran tenor que gana miles de pesos en menos que canta un gallo.



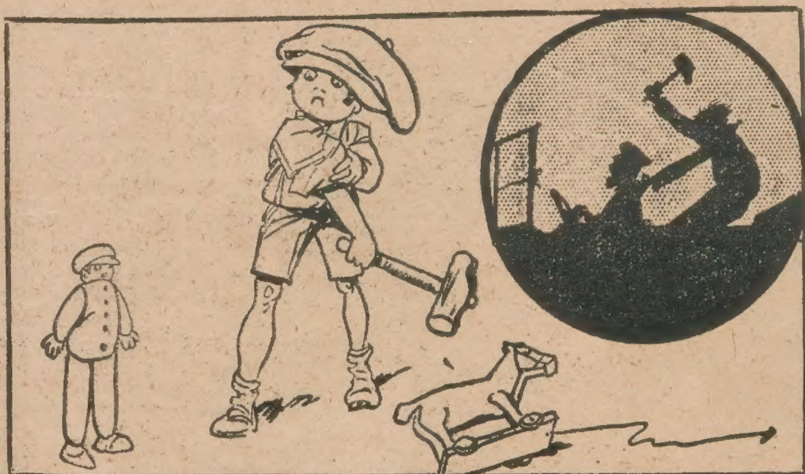
Firpo, porque así estaría seguro de que no lo asaltaran.



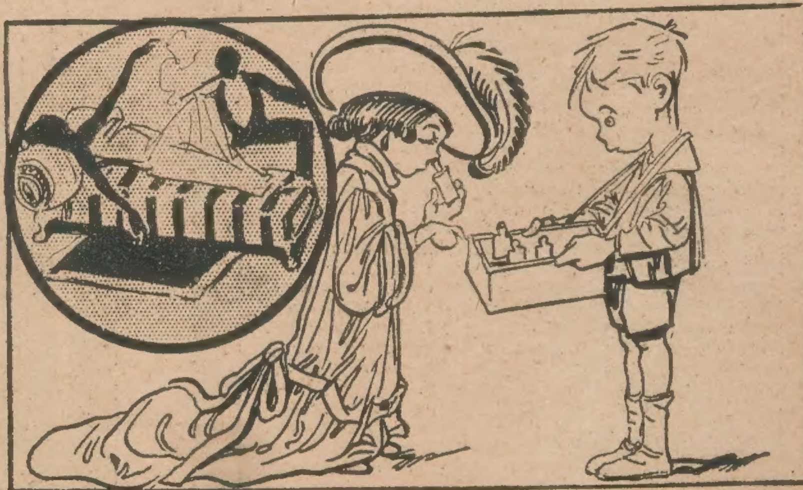
Sanjurjo, el feliz dueño del invicto caballo Rico.



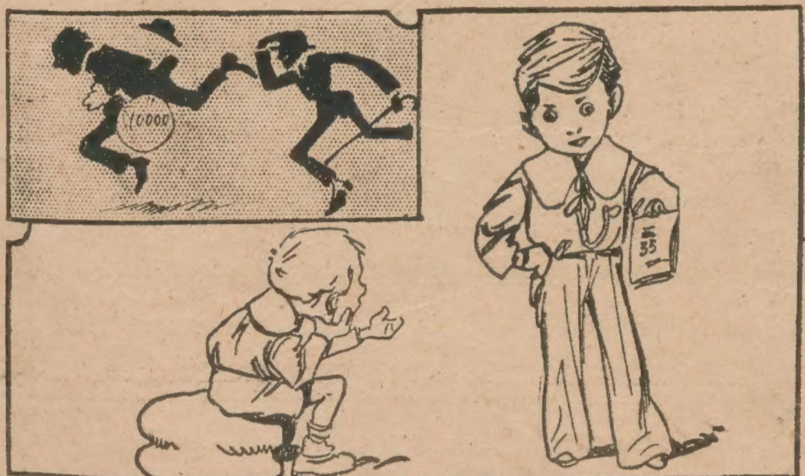
El inventor de la radiotelefonía.



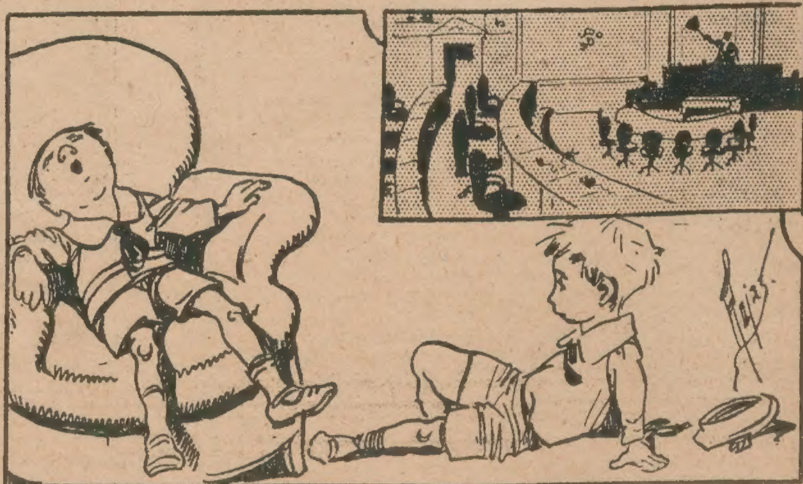
Asaltante, pues todo consiste en poseer un buen martillo para hacer fortuna.



Vendedor de alcaloides, para retirarse pronto a descansar y disfrutar de una rentita.



Capitalista de quinielas, porque no paga cuando se ha acertado una buena redoblona.



Senador nacional obstruccionista, porque gana el sueldo sin concurrir a las sesiones, aunque el país se quede sin presupuesto.

Dib. de Rojas.

GRANDES FRÍOS HISTÓRICOS

DONDE Y CUÁNDO SE HAN SENTIDO

La historia registra muchos casos de fríos verdaderamente memorables. Un antiguo cronista, Felipe de Comines, refiere que durante el invierno de 1544 el vino se vendía en París en barras, que se cortaban a hachazos. El año 1709 se conoce en la historia de Francia como el año de "le Grand Hiver", aunque el termómetro no bajó de —23 grados en París, mientras que durante el invierno de 1794-95 descendió en la misma ciudad a —25, a pesar de no notarse tanto el frío. Para dar una idea de la intensidad de éste durante el Gran Invierno, recordaremos que aquel año la helada penetró a tres metros bajo la superficie del suelo, que las aves morían heladas en las ramas de los árboles, que casi toda la vegetación pereció, y que el Mediterráneo y el Adriático se helaron por completo.

Cuando Napoleón llevó a efecto su famosa retirada de Rusia, en 1812, su ejército, con la artillería y la impedimenta, atravesó el Beresina helado, bajo el fuego de la artillería rusa, que lo cañoneaba desde la orilla oriental del río. El 6 de noviembre cayó la primera helada, y trescientos hombres murieron durante la noche. Aun después de pasar el río, los pobres fugitivos, cubiertos de harapos, sin otra comida que carne de caballo, tuvieron que sufrir los rigores de una temperatura de 25 grados bajo cero. Hemos dicho que en 1709 se helaron el Adriático y el Mediterráneo: pues bien, este último se heló también en toda su superficie en otra ocasión, el año 1323, mientras que por otras tres veces, una en 1234 y dos durante 1621, el Adriático pudo ser atravesado por carros pesadamente cargados.

El año 1608, cinco labradores que se dirigían al mercado un día de enero, perecieron helados en las calles de París, según refiere el cronista Pierre Mahieu, quien cuenta también que a la mañana siguiente Enrique de Navarra le dijo que aquella noche se le había helado el bigote mientras estaba durmiendo en su cama. Aquel mismo invierno, en muchas ciudades de Francia se heló el vino de la Eucaristía en los cálices.

En Inglaterra, más de un invierno se ha helado el Támesis y ha servido de carretera o de mercado. En 1683, y otra vez en 1788, los londinenses celebraron una feria sobre su río. La primera vez, la congelación del río duró trece semanas. El mismo espacio de tiempo estuvo helado el Támesis en el invierno del año 923, mientras que en 1063 lo estuvo tres meses y medio justos.

Tal vez uno de los hechos históricos más notables que tienen relación con el frío, es la captura de la flota holandesa por los húsares franceses en 1759, caso único de una escuadra vencida y copada por la caballería. Los barcos holandeses estaban cogidos entre el hielo, que tuvo fuerza bastante para resistir el galope de los escuadrones lanzados desde la orilla, los cuales rodearon la escuadra y la obligaron a rendirse.

La temperatura mínima de aquel invierno fué de 19 grados bajo cero.

Y sin embargo, estos fríos que por lo terribles han merecido pasar a la historia, no son nada comparados con los que en sus expediciones han registrado los viajeros árticos. Nansen, una noche de marzo de 1895, observó la temperatura de 46 grados bajo cero, y dice que el mercurio se heló por completo. El duque de los Abruzos notó el descenso máximo de la temperatura ártica en febrero de 1900: 43 grados bajo cero, mientras su compañero el capitán Cagni llegó a registrar el 23 del mismo mes 49 bajo cero. Ambos exploradores aseguran que a cualquier temperatura por debajo de 40°, los metales queman como el hierro candente. Peary, en su expedición de 1906, el 26 de marzo por la noche, vió bajar el termómetro a —55°, y Sir George Nares, durante la expedición ártica de 1875, registró a bordo del "Alert" —58°.

Pero el frío más terrible registrado por el hombre, es el que experimentó el viajero Gmelín en Siberia, a los 58 grados de latitud, el 16 de enero de 1735. El mercurio bajó a —68°; las urracas y los gorriones caían muertos volando, y todas, absolutamente todas las substancias líquidas, se helaron en pocos momentos.

"ATARAXIA"

En una selva inmensa, de Calveros sombríos
solitaria e inmóvil, cual feliz Robinsón
estirado en la hierba silencioso y tranquilo
leeré a Epicuro y comentaré a Pirrón.

La indiferencia olímpica, de Goëthe, tan ignorada
por el hombre de mundo, por el burgués ramplón,
hará presa en mi espíritu, llenándole de calma
mientras juega en las ayas, el sedante aquilón.

Cuando llegue el invierno, asaré mis castañas,
gozando del encanto de las tardes que llueve,
y en las bellas mañanas, en las blancas mañanas,
vagaré arrebujado, por los campos de nieve.

Rómulo F. Cabrera



FLORECITA AZUL

por Jacques CONSTANT

Camboulive interrogaba por milésima vez con mirada impaciente al cuadrante del reloj, cuando Luciano, el cazador del bajo, tocó el timbre por tres veces, señal que significaba que el amo estaba a la vista.

—A ver si son horas estas de venir a trabajar—gruñó Camboulive tomando por testigo a la señorita Noemia, la dactilógrafa, que trabajaba en el despacho contiguo. — Necesito enviar antes de mediodía el número 722 de la "Moda Smart", porque he de marcharme luego a Colombes a ver el "match" de "rugby"...

La afición a los ejercicios violentos era uno de los caprichos de Camboulive; a pesar de tener un busto de niño; unas piernas patizambas y unos bíceps como el mango de una escoba, adoraba los deportes. Natación, salto, carreras a pie o en bicicleta, todo le apasionaba, y hubiera podido nombrar sin que le flaqueara la memoria a todos los campeones del mundo. ¡Si al menos la costumbre de asistir a las reuniones al aire libre hubiese sido favorable a su salud! Pero, ¡ay!, de enero a diciembre exhibía una cara color de betún, comida por una barba negra y coronada por una frente calva y rugosa, cuya triste fealdad había desilusionado a la señora Camboulive.

Un día, mientras se encontraba él en algún rincón de la parte trasera de la casa, ella había huído con el mobiliario...

Cinco minutos después, el señor Brunin, editor de libros populares y de la "Moda Smart", penetraba en la habitación.

—¡Buenos días, Noemia! ¡Buenos días, Camboulive!

Sacó de su bolsillo un paquete de sobres multicolores, violeta, azules, grises, rojo vivo, y los arrojó riendo ante el secretario.

—¡"Señorita Gyptis"! ¡"Madame Isis"! ¡"Señorita Gamma"!... Todo esto es para usted. ¡Y el papel está perfumado!

Con tono serio prosiguió:

—El número de la "Moda Smart" no está todavía en la imprenta, ¿verdad? Ponga de nuevo la sección "Pequeña correspondencia". Desde que la suprimimos he recibido cincuenta cartas de subscritores que cesan en sus abonos. Añada usted este dibujo de casaca que he obtenido de la casa Reville.

—Es que ya tengo hecha la confección de las páginas.

—¡Bah! Hágala usted de nuevo. A propósito: tengo intención de publicar un nuevo manual de higiene femenina. Búsqueme usted un título sugestivo, por el estilo de "El libro de horas de la coqueta". Este resulta muy bien...

El señor Brunin se alejó, digno y majestuoso, arrojando bocanadas de humo de su grueso cigarro.

La bilis había puesto de color verde la frente apergaminada de Camboulive. Su furor se desbordó en cuanto la puerta se hubo cerrado tras la vasta espalda del amo.

—¡Mi "match" de esta tarde al agua!—gritaba.—¡Condenado oficio! Y decir que por 600 francos al mes soy unas veces madame Gyptis, firmante de "La llave de los sueños" y de la "Nueva quiromancia"; otras, la señorita Isis, autora de "Para ser siempre bella", y otras, la señorita Gamma, que preside la correspondencia de los abonados a la "Moda Smart"! ¡Palabra de honor! ¡Acabo por no saber con certeza a qué sexo pertenezco! ¿Se ríe usted, señorita Noemia? Pues yo estoy harto ya. ¡Y si aún fuera divertida la correspondencia! Fíjese usted en esta gran letra inclinada; es de Libélula, que envía una receta culinaria a Fresa del Bosque. "Para confeccionar los pastelillos Lúculos, bata usted doce yemas de huevos frescos...; tan fácil como es encontrar huevos frescos en cualquier estación." En este sobre amarillo reconozco las patas de mosca de Florecita Azul; este otro es de Cyclamen... La tal Cyclamen aconseja a Dulce Amiga una decocción de saponaria y bórax para quitarse el olor de los pies, y Lobito da el secreto de una pomada de tuétano de buey y de extracto de salvia contra la gripe.

En cuanto a Florecita Azul, dirigía una epístola amenazante a Madame Isis. Había seguido al pie de la letra todos sus consejos para hacerse desaparecer el vello superfluo que adornaba su cara aplicándose sucesivamente un linimento de agua de coles, cataplasmas de goma de hiedra y de agua oxigenada, sin contar los cuatro frascos del depilatorio de leche de correhuela, a cuarenta y ocho francos uno. Y, ¡ay!, el mal había empeorado tanto y tan bien, que actualmente estaba provista, no de un vello, sino de unos conquistadores bigotes. Había tenido que resignarse a no salir más de su casa, y, en su desesperación, hacía responsable de su desdicha a Madame Isis, anunciándole que tomaba el tren para pedirle explicaciones y una seria indemnización.

—Es capaz de pegarme un tiro o de tirarme vitriolo—dijo Camboulive. —¡Cualquiera la detiene a la tal Florecita Azul! ¡Y si aún fuera mío el cincuenta por ciento que sobre el depilatorio de la casa Lenclós percibe el amo! Note usted que yo he sido lo más concienzudo posible. La goma de hiedra y el agua de coles con el ácido sulfuroso fué un interno de Saint-Louis quién me lo indicó. A pesar de todo, tengo curiosidad por conocer a la bobalicona de Florecita Azul. Apuesto treinta francos en papel contra un luis de oro a que se trata de una matrona de cincuenta primaveras.

Cuando comunicó al señor Brunin el contenido de la carta, éste le respondió:

—Arrégleselas para salir del embrollo, querido. Sus artículos están firmados.

—Con seudónimo.

—Seudónimo o no, están firmados, y la responsabilidad es de usted.

—¿Y si el depilatorio de la casa Lenclós no vale nada?

—Hágala recurrir a Lenclós.

—Es muy bonito todo esto—refunfuñó el otro;—pero si esta mujer lleva malas intenciones, seré yo quien pagaré los vidrios rotos.

Lo que le tranquilizaba un poco era que su corresponsal habitaba en Mont-de-Marsan, y era de creer que dudaría en emprender un viaje tan costoso.

Habían transcurrido ocho días, y empezaba ya a olvidar esta historia, cuanto más por estar absorbido en un nuevo trabajo: "el arte de echar las cartas", que debía firmar con el nuevo seudónimo "Diana de Efeso", cuando le anunciaron que una señora, cuidadosamente velada, preguntaba por Madame Isis.

Camboulive lanzó una mirada a la tarjeta, y leyó: "Florecita Azul, de Mont-de-Marsan".

—¡Es ella! — exclamó. — Señorita Noemia, consienta usted en ser Isis.

—Nunca, en mi vida.

—Se lo suplico. Era la gran diosa de los egipcios.

—Me río de ella.

—Entonces, Luciano, dígale usted que Madame Isis no está aquí.

Se inclinó sobre el pasamanos de la escalera y oyó una voz irritada, de acento meridional, que evocaba en él un recuerdo lejano...

—Volveré mañana,—declaraba la visitante,—y si Madame Isis no me recibe, sabrá quién soy yo...

El pobre diablo pensó que el señor Brunin no era muy complaciente con sus colaboradores, y que, después de todo, debía atenerse a su modesta situación.

Resolvió, pues, recibir a Florecita Azul y desarmarla con la vista de un infortunio superior al suyo.

Alquiló una peluca, pidió prestado un traje a Noemia, y después de haber puesto al corriente al editor, se decidió a recibir a Florecita Azul. Esta llegó furiosa, y al levantarse el velo que cubría su moreno bigote, divisó, sentada detrás de la mesa, una barbuda mujer, que le señalaba una silla. Durante un minuto permaneció sofocada, mientras Isis-Camboulive murmuraba con voz dulce:

—No es a usted sola, mi querida Florecita Azul, a quien aflige la Providencia. Desde hace veinte años busco el depilatorio capaz de darme de nuevo la apariencia femenina. Había creído encontrarlo en el producto Lenclós, que ha logrado verdaderos milagros, por lo que se lo había recomendado a usted; pero, ¡ay!, mi temperamento es, como el de usted, rebelde al tratamiento. Permítame, hermana mía, que mire en las cartas si algún día se verá usted libre de estos bigotes que desluccn su rostro encantador.

Madame Isis cogió una baraja, extendió las cartas y empezó en los siguientes términos:

—Ha llevado usted, señora, una vida tumultuosa. Veo a un hombre bueno y confiado que usted engañó indignamente. Huyó usted de él, llevándose sus muebles. El está en París y sabe que se encuentra usted aquí... ¡Ah, desgraciada! Huya usted de la venganza de ese noble héroe ultrajado...

—¡Dios mío!—gritó Florecita Azul, y levantándose, enloquecida, bajó la escalera como si tuviera alas.

—Pero ¿qué le ha contado usted?—preguntó la señorita Noemia, que se ahogaba de risa.

—La verdad—dijo Camboulive quitándose la peluca.—La he reconocido en seguida. Es mi mujer.

YO MIRÉ LAS HORAS...

Yo miré las horas pasar solamente,
mis manos pequeñas nunca hicieron nada.
Fuí extática y triste, fuí absorta y helada,
pero tuve sueños audaces y ardientes.

No jugué de niña, tú ya lo dijiste.
Mis años de infancia pasaron esquivos,
sin pensar en nada, siempre pensativos
con las manos quietas y el corazón triste.

¡Coge entre las tuyas estas manos mías!
Un soñar eterno las ha vuelto hermosas:
finas, porque nunca fueron hacendosas
y pálidas, porque siempre fueron frías.

Mira en mis pupilas inefables lagos,
tumbas de memorias, cráteres de abismos
donde se han perdido mis romanticismos
sin guardar recuerdo, ni dejar estragos.

Mira en la apariencia frágil de mis ojos
espejos audaces, como roca duros.
En ellos no hay huella de mis sueños puros,
ni hay en ellos huella de mis sueños rojos...

Cristales que nunca trizó piedra alguna
de aquellas que el odio lanzó con su mano,
han, como de niño, su fulgor lejano,
han como de niño, su dulzor de luna...

Yo no fuí al encuentro de ningún destino,
mas cuando el destino pasó por mi lado,
cuanto amor se trajo me lo he reservado.
¡Lo demás, en cambio, se fué como vino!

Nunca en la alta noche me creí perdida.
Mientras era lóbrega, mientras daba espanto
yo no me deshice, como un niño, en llanto
y a la misma muerte le pedí la vida.

Quizás si las penas me hicieron más grave,
quizás si pudiéronme, cual claro diamante:
más grande los ojos, más fino el semblante.
Me han vuelto más frágil y también más suave.

Las penas sufridas no me han amargado,
ni el llanto llorado me ha vuelto más triste.

Soy tal como aquella que tú conociste
sin amor: la misma con haber amado!...

María MONVEL.

LÍRICA MODERNA

La ciudad blanca

I

Ciudad blanca y fastuosa
que eras para nuestra alma lo mismo que es la luz
para la mariposa...
Yo te contemplé un día,
con las manos en cruz,
con una bella y sana e inocente alegría.

Yo llegaba hasta ti
con mi espíritu henchido de esperanza y de amor.
Tú fuiste para mí
como un cofre escondido
donde, envuelto en rubor,
guardamos nuestro sueño de ideal más escogido.

Con tus ojos de fuego
toda te me ofrecías y toda te brindabas...;
y yo he sabido luego
tu ruindad y tu vileza:
que aquella miel que dabas
era la del acíbar, la miel de la tristeza.

No puedo perdonarte,
ciudad inicua y mentida y engañadora y cruel...,
nunca he podido amarte,
ciudad vil, alma fea,
hondo pozo de hiel
donde los hombres tienen crucificada a Astrea.

II

Eres vil y canalla, tienes el alma impura,
incapaz de sentir ni acoger la ternura
de un noble y bello y bueno y blanco corazón.
Ramera...
Nunca te ha comprendido nuestra pobre razón.

Me voy de ti, cansado,
sin vencer porque guardo el calor de mi ideal...
Me alejo de ti, hastiado,
horrible flor podrida,
cuerpo sin alma, flor hedionda del jardín del pecado...
Incesto...
Que has sido concebida
en la monstruosa unión del Crimen y del Mal.

Yo sueño otra existencia, una existencia blanca,
de ternuras, de arrullos y de dulces cariños
que colmen y serenen nuestra pobre razón...
De amor dulce, de ese amor ideal que soñamos de niños,
que nos llene de aromas y luz el corazón.

Ciudad inicua y mentida, y engañadora y falsa,
con alma de mujer
prostituta y esquiva y extravagante y cruel:
yo te odio con la fuerza con que odiamos lo inmundo
las almas blancas, las que soñábamos un mundo
dulce como la miel.

La tradición y los errores científicos

Podría escribirse un libro acerca de muchas cosas que por tradición o por costumbre aceptamos como verdaderas y que, sin embargo, vemos que no existen o que no son ciertas.

El zigzag con que representamos convencionalmente el rayo, lo toman muchas personas por una representación exacta de la realidad, cuando realmente no hay semejante cosa, según lo demuestran las fotografías de rayos. El rayo verdadero describe una línea sinuosa, serpentea, digámoslo así, a través del espacio, pero en su recorrido no hay ningún trozo recto, ni mucho menos se observa ningún zigzag de líneas rectas cortadas por ángulos agudos.

A pesar de esto, si a un hombre de estudios se le dice que trace la marcha de un rayo, en la inmensa mayoría de los casos dibujará el zigzag convencional, y hasta dirá que ha visto centenares de rayos de aquella forma, por guiarse de la tradición más que de la observación propia.

Tiene más disculpa el que se dibujen rayos alrededor de una imagen del sol o de una luz cualquiera, porque aun cuando no tienen existencia objetiva, algunas veces los percibe nuestra vista.

Antiguamente se creía que los rayos de la luz eran cosas, pero ahora usan esta palabra los hombres de ciencia sólo como término geométrico para expresar la línea de dirección del movimiento de una onda luminosa. Los supuestos "rayos" que vemos o creemos ver, son debidos a varias causas. Los que proceden de una luz brillante cuando la miramos con los ojos entornados, son simplemente reflejos de los bordes húmedos de las pestañas, como puede probarse apartándolas con el dedo. Los rayos que rodean al sol, al ponerse el astro, son debidos a la luz que pasa entre las sombras de las nubes y se refleja en el polvo flotante de la atmósfera. Por lo mismo el rayo de sol que penetra por una grieta en un cuarto poco iluminado, es sólo la luz reflejada en el polvillo flotante. Esta clase de rayos no existen cuando la luz penetra en un aposento cuyo ambiente está completamente limpio de polvo, como demostró Tyndall.

ESA JUSTICIA



—He sido víctima de un error judicial.
—¿Sí?
—¡Me han absuelto!

COSAS DE ANTAÑO, por Francisco VILLAMIL

A Agustín Montenegro.

Los porteños viejos siguen llamando a la Plaza de Mayo, Plaza de la Victoria; se le dió este nombre en conmemoración de la victoria obtenida por este pueblo sobre los invasores ingleses el 12 de agosto de 1806. En tiempos coloniales, desde Garay, llamábasele Plaza Mayor, nombre común a la plaza principal de todas las ciudades fundadas por los españoles. Hasta poco después de 1870 la dividía una recova, por el eje de norte a sur. Ocupaban esta recova boliches de ropería ordinaria, como algunos que aún existen en la Avenida Alem.

* * *

En tiempos de la pajuela, digamos antes de Rosas, la ciudad se proveía de leche en el Bajo, donde se situaban durante el verano numerosas mujeres de la campaña con media docena de vacas. En invierno era difícil conseguir leche. La manteca era traída del campo y se vendía envasada en vejigas de vaca.

* * *

La condición de los negros esclavos fué en esta ciudad de lo más benigna. No se les sometía a torturas ni trabajos brutales como ocurría con sus semejantes en las vegas cubanas o en las fazendas brasileñas. En muchos casos se les trataba como a miembros de la familia que los poseía. Después de la Independencia, por lo menos, gozaban del derecho de cambiar de amo, si no estaban a gusto con el que tenían. Para esto le pedían un "papel de venta" provistos del cual, buscaban otro amo que los adquiriera, pagando su importe al primitivo dueño. Ocurría que familias que habían quedado en la pobreza, no tenían más recurso de vida que un par de esclavos, a los que hacían trabajar fuera de casa, generalmente como zapateros, sastres, albañiles o barberos.

* * *

La cárcel pública de hace un siglo estaba ubicada en los bajos del Cabildo que dan a la calle Victoria, y a sus rejas asomábanse presas y presos, pidiendo limosna a los transeuntes o provocándolos con gritos desvergonzados. El alojamiento de los presos era inmundo. De ese local salían a diario, hileras de delincuentes, que arrastraban cadenas y eran escoltados por soldados, para efectuar trabajos públicos: la limpieza de las calles, el empedrado, el transporte de agua en barriles, o la matanza de perros vagabundo, repugnante tarea ésta, que realizaban de madrugada, ultimando los animales a garrotazos.

* * *

Hasta hace pocos años conocíamos el mazamorrero que a son de corneta anunciaba su mercancía. Antes teníamos el "tío", que vendía tortas fritas, y aun antes que éste el aceitunero que a las dos de la tarde, hora en que se almorzaba, iba de casa en casa ofreciendo platitos de aceitunas condimentadas con ají, cebolla, vinagre y ajo.

* * *

A la calle Maipú llamábasele hace un siglo calle de los Mendocinos, sin duda porque en ella habíanse establecido los negocios que vendían frutos cuyanos y se estacionaban durante días las largas arrias de mulas que traían de Mendoza barriles de vino y aguardiente, petacas de pasas, patay, algarroba y alfajores.

* * *

Antes de ser organizada la policía de la capital, el servicio de vigilancia nocturno estaba obligatoriamente a cargo de los vecinos. Estos constituían patrullas mandadas por un alcalde o teniente alcalde—vecinos con funciones municipales y policiales—y recorrían las calles de determinada sección. Cada cierto número de días tocaba a cada vecino servir en la patrulla, pero podía hacerse sustituir por un personero, al que pagaba 20 ó 30 centavos.

* * *

La colonia extranjera más importante en Buenos Aires, durante los primeros lustros de vida independiente era la de los ingleses, en su mayor parte comerciantes fuertes. Los médicos más conocidos y preparados eran ingleses. Como hasta el año 1825 no contaron con sacerdote protestante, celebraban sus matrimonios a bordo de un buque británico, surto en el puerto. Establecieron la Sala Mercantil, que era una especie de Bolsa, a la que se debió gran parte del progreso económico y cultural de la ciudad. Como el servicio de correos era muy malo, pues en vez de distribuir las cartas, se entregaba el montón de las recién recibidas a quien fuera en busca de una carta y éste llevaba a veces la que no le correspondía, los ingleses obtuvieron el privilegio de retirar el correo de los barcos de su nación, y de apartar sus cartas, devolviendo las demás al correo, después de pagar el porte de las retiradas.

* * *

El primer teatro de Buenos Aires, llamado de la Ranchería, fué un mezquino edificio de techo de paja, que hizo erigir el virrey Vertiz en el sitio de la intersección de las actuales calles Alsina y Perú, justamente donde, antes de la apertura, de la Diagonal, había una minúscula plazoleta, detrás de la cual se abría el Mercado Central. Más tarde existió el Teatro Argentino, en Cangallo y Reconquista, establecimiento vinculado a más de un acontecimiento histórico.

* * *

Las antiguas pulperías vendían el tabaco recién picado y los cigarrillos armados a mano se elaboraban en ellas día a día; para esto había individuos—los picadores y los cigarreros,—que recorrían los almacenes y efectuaban esos trabajos en el mismo despacho.

El maestro

...Es como Jesús: se goza en rodearse de niños, en contemplar sus ojos serenos, en beber su inocente sonrisa, en adivinar el hombre futuro que se encierra tras de aquel cuerpecito, y el futuro mundo que ha de crear este hombre, como una madre, con sus ternezas, con sus inquietudes, con sus adivinaciones, todo para la infancia.

Redentor, váse de pueblo en pueblo buscando a los ignorantes y a los pobres para ilustrarlos y para ayudarlos; adoptando a los huérfanos; satisfaciendo a los hambrientos; filósofo de acción, poeta de la vida, tribuno de la infancia, hijo divino e inmortal de la naturaleza. Su libro está en el Universo: ninguna letra de imprenta se puede comparar con una estrella de oro; ningún poema, muerto en el sudario de sus hojas de papel, puede compararse con el poema de las montañas cuando las dora en sus plateadas cumbres la luz del alba y el rosácreo reflejo del vespertino crepúsculo; ningún libro, ninguno, hay tan grande ni tan profundo como la conciencia humana; ninguna poesía es tan bella y tan tierna como la poesía del corazón en sus efusiones por los desgraciados, por los doloridos, por los que padecen y por los que lloran. Reunirlos en una escuela que sea amorosa como la madre, previsora como la Providencia, santa como la Iglesia; separarlos de toda artificiosa revelación que no provenga, primero de la conciencia, después del Universo; matar en ellos los sentimientos de privilegio, las ideas de desigualdad, las tradiciones de casta; abrir ancho espacio a cada vocación individual para que realice libremente su destino; obligar a todos a que mutuamente se envíen sus ideas, como los astros envían mutuamente a través de la inmensidad sus rayos de luz; constreñirlos en la primavera y en el estío a que trabajen los campos, que cultiven las plantas, que siembren las flores, que cosechen los frutos, y en el invierno, a que entren dentro del taller y abracen y practiquen el trabajo manual, para que de esta suerte sean artesanos y labradores, y comprendan todas las asperezas y todas las satisfacciones del trabajo; formarlos en coro para que canten juntos en himnos poéticos su agradecimiento al Creador, su culto a la Libertad y a la Patria; recordarles que viven dentro de la naturaleza para hermosearla, dentro de la sociedad para servirla; intentar todo esto, hacer todo esto, cumplir todo esto y mucho más, sin otro móvil que el bien, ni más fin que la justicia, ni más esperanza que la satisfacción de la conciencia, y acaso una palabra en la historia; transfigurarse de esta suerte y transfigurar a cuantos le rodean, es crear con la palabra el germen de un mundo social que bien merece un recuerdo eterno y un eterno aplauso de la humanidad agradecida...

E. CASTELAR.

El nuevo desarrollo de la potencia hidroeléctrica en el Brasil

El Brasil tiene la buena fortuna de poseer cordilleras situadas cerca de las populosas ciudades costeras de Río de Janeiro y São Paulo que constituyen las fuentes de ríos de rápida corriente, de manera que la potencia hidroeléctrica de éstos puede obtenerse en abundancia y económicamente. Una compañía canadiense transmite 75.000 caballos de fuerza desde una distancia de 45 millas hasta Río de Janeiro, con el fin de suministrar la potencia necesaria para las fábricas, los tranvías y el alumbrado eléctrico. Pero esta instalación hasta ahora no ha sido suficiente para satisfacer las crecientes necesidades de la ciudad de Río de Janeiro, así es que en el Río Parahyba se emplean 3.000 hombres para desarrollar una nueva usina a una distancia de 103 millas al norte de dicha metrópoli.

Ingenieros americanos tienen a su cargo las empresas eléctricas de la compañía canadiense en el Brasil, y cuando se termine el dicho proyecto del Río Parahyba, dicha compañía desarrollará 400.000 caballos de fuerza. Los peritos en la materia calculan que en los ríos brasileños pueden desarrollarse 25.000.000 de caballos de fuerza, de manera que, si bien es verdad que las fuentes de carbón de piedra y de petróleo pueden ser limitadas, no es menos cierto que sus maravillosos recursos para el desarrollo de energía eléctrica podrán satisfacer con creces las mayores necesidades de potencia que tenga la nación.

La Unión Panamericana, establecida en Wáshington, D. C., manifiesta que la instalación en el Río Parahyba será la más grande de potencia hidráulica de Sud América, ya que llegará a generar y transmitir 160.000 caballos de fuerza. Las cinco turbinas de 32.000 caballos de fuerza cada una se importarán de Suiza; las compuertas procederán de Inglaterra, el cemento de Suecia, y los generadores y la maquinaria de construcción se importarán de los Estados Unidos.

Aunque Río de Janeiro y São Paulo han logrado desarrollar más de la mitad del actual abastecimiento de potencia eléctrica del Brasil, debido al hecho de que, además, de sus mayores necesidades de fuerza de tracción y para el alumbrado, son grandes centros fabriles, sin embargo, en todas las regiones pobladas del Brasil existen muchas plantas de potencia pertenecientes a municipalidades y compañías. Todas las ciudades y casi todas las poblaciones pequeñas, especialmente aquellas que se encuentran a lo largo de los ferrocarriles y ríos, tienen instalaciones para los fines de la luz y la potencia eléctrica. Además, muchas de las grandes haciendas ("fazendas") y fincas rústicas poseen sus propias plantas eléctricas.

PUCHITOS

Para los vecinos de Colegiales y sobre todo de Saavedra, zona en la que existe un vigilante para cada quince manzanas, ha de ser quizás un consuelo enterarse de que se acaba de establecer un puesto de policía en la isla Craig, la isla más septentrional del mundo, situada a solo 850 millas del polo.

* * *

La Oficina de Censo del Ministerio de Comercio de los Estados Unidos acaba de publicar una estadística según la cual en el año 1922, en ese país, ha disminuído la proporción de los nacimientos y ha aumentado la de las defunciones, fenómeno común en Europa, pero raro en Norte América.

* * *

En una tonelada de agua del Océano Atlántico hay 31 libras de sal, y en la misma cantidad de agua del Mar Muerto se encuentra 187 libras.

* * *

En el Japón se emplea en grandes cantidades un veneno para matar ratas llamado "neko-irazú". Está puesto por fósforo, harina de trigo y extracto de carne carne. Las ratas son la gran peste del país. No obstante las autoridades y el público en general se encuentran frente a un serio problema a causa del empleo generalizado de ese veneno pues son tantas las personas que se suicidan con él que se calcula en 5000 los casos de envenenamiento voluntario con "neko-irazú".

* * *

El tren expreso más rápido que recorre la distancia entre Cumberland y Wáshington, lo efectúa en tres horas y cuarenta y ocho minutos, y considérese que los trenes rápidos norteamericanos son los más veloces del mundo. Una paloma mensajera del Distrito de Columbia recorrió últimamente la misma distancia en una hora y cincuenta y dos minutos.

* * *

En Francia, con su población de 40 millones, el teléfono está tan poco difundido que dos guías telefónicas contienen los nombres de todos los abonados: una para París y otra para el resto del país. Ambas guías contienen menos nombres que la de los abonados de Chicago (E. U.).

* * *

Cuando fueron descubiertos los diamantes del Brasil, todo el comercio mundial de piedras preciosas se coaligó para atribuir a los nuevos diamantes un valor inferior a los de la India. Lo mismo ocurrió cuando se descubrió los diamantes del Cabo. Costó años vencer este absurdo prejuicio de que participó el público.

* * *

El más célebre de los pintores de la antigüedad, Apeles, como todo gran artista, jamás quedaba del todo satisfecho de sus obras. Por consiguiente, firmaba sus cuadros poniendo "Apeles hacía", para dar a entender que no lo consideraba terminado del todo. Sólo una vez puso "Apeles hizo", al pie de un admirable retrato de Alejandro.

* * *

El doctor Marcel Nattier que ha estudiado de modo especial el problema de la longevidad, afirma que para llegar a los límites de edad que se considera naturales, pero que son más bien excepcionales, conservando la integridad relativa de las diversas facultades, son indispensables tres condiciones: flacura, sobriedad y actividad continua.

* * *

Los negros del Sudán, que probablemente no constituyen una raza autóctona de Africa, sino inmigrada en tiempos remotos, están divididos en tribus que, en conjunto, hablan unos doscientos idiomas, que difieren mucho entre sí. En estos idiomas todas las palabras son invariables, no se reconoce géneros, pero la sintaxis es muy rigurosa. El Sudán es una verdadera Babel mucho más revuelta, por cierto, que la antigua.

* * *

Los grandes negocios de Broadway, la avenida neoyorkina donde todos los negocios son grandes, colocan ahora en sus vidrieras una delgada hoja de estaño, que no es sino una gran precaución contra los ladrones, adoptada a consecuencia de repetidos robos de vidrieras, con fractura de los cristales. Esa hoja metálica, siempre de forma artística, está en conexión con una serie de alambres eléctricos, — por eso se llama "alambradas" a esas vidrieras. — Si se arroja una piedra y se rompe el vidrio, se toca forzosamente la hoja metálica, y con ello se pone en funcionamiento una campanilla eléctrica, que da la alarma a tiempo.

* * *

En el año 1190, un pobre herrero de Lieja, llamado Hullox de Planiceaux, hallábase en la miseria y, por consiguiente, no podía adquirir el carbón de leña que necesitaba para trabajar. Y dice la tradición, que visitó al piadoso obrero una aparición divina y le aconsejó que echara al fuego trozos de piedra negra que en algunos puntos de una colina cercana aparecía a flor de tierra. Tal es la leyenda del origen de la utilización de la hulla, cuyo nombre se deriva del de Hullox.

* * *

El elefante está en disposición de trabajar desde los doce hasta los ochenta años de edad. Puede arrastrar pesos de quince toneladas, levantar media y cargar tres.

* * *

Si los seres humanos siguieran creciendo en la misma proporción que durante el primer año de su existencia, a los diez años tendrían los niños cerca de veintiún metros de estatura.

* * *

No sólo insectos se encuentra dentro del ámbar. En un trozo muy grande y transparente se ha hallado, hace poco, una ardilla pequeña con la piel, las uñas y los dientes intactos.

* * *

De la superficie de la tierra y del mar emana electricidad. Una investigación de la Institución Carnegie demuestra que en el norte del Océano Atlántico hay una corriente de electricidad positiva que puede ser avaluada en la vigésima parte de un ampere por kilómetro cuadrado. La corriente terrestre es algo menor.

* * *

En tiempos de Juana de Arco los señores feudales en continua guerra de pillaje entre sí, saqueaban aldeas, devastaban sembrados y robaban a los pobres campesinos. Tan frecuentes eran estas infames correrías que apenas sonaba en una aldea la campana de alarma, el ganado, por sí solo echaba a correr para refugiarse en los caseríos.

* * *

Ya en 1797 un señor Murdoch empleaba el gas para el alumbrado de un establecimiento de campo en Inglaterra. Sin embargo aun no se tenía noticia pública de haberse descubierto la propiedad luminosa, utilizable, del gas. En 1803 empezó a difundirse el empleo del gas como medio de alumbrado.

ESTRELLAS EN EL CENIT











1. — **Anita Stewart** retirada del cine desde hace algunos meses ha accedido a los deseos de sus admiradores y reaparecerá pronto en una nueva cinta de la Cosmopolitan.

2. — **Catalina Martyn**, una de las actrices del "Follies", de Nueva York, se dedicará a trabajar para el cine.

3.—**Eleonor Boardman**, que desempeñará el papel de protagonista en la nueva película "Almas en venta", al cabo de pocos meses de haberse iniciado en la carrera cinematográfica, aunque el ingreso a ella le costó penosos esfuerzos.

4. — **Mildred Davis**, una de las más jóvenes y bellas actrices del cine, acaba de contraer enlace con el señor Harold Lloyd, con cuyo nombre figurará en adelante.

5. — "Hijas de los ricos" es la nueva película en que figurará **Ethel Shannon**, que tanto se distinguió en "El héroe".



UNA FIESTA INOLVIDABLE



Florencio Parravicini, que en el gran festival artístico extraordinario, organizado por el Círculo de la Prensa, en el teatro Coliseo, dijo un aplaudido monólogo.



Una mínima parte del gran coro de mantones de "La Verbena de la Paloma".



Miguel Fleta, el gran tenor, que cantó notablemente. Enrique Lacasa, uno de los intérpretes de "Solico en el mundo".



Los magníficos coros ukranianos, notable conjunto que fué ovacionado.



Guillermo Amodeo (sereno), Rosario Agueda (Señá Antonia) y Miguel Lamas (Don Sebastián), de "La Verbena de la Paloma".



Luisa Salas, que tuvo a su cargo dos números de danzas.

El conocido paisajista nacional, Ceferino Carnacini, inaugurará el 18 del corriente, en el Salón Witcomb, una exposición de sus telas, y de las cuales reproducimos algunas.



"Después de la lluvia"



"Un puesto en la sierra".



Señor Ceferino Carnacini.



"Día gris".

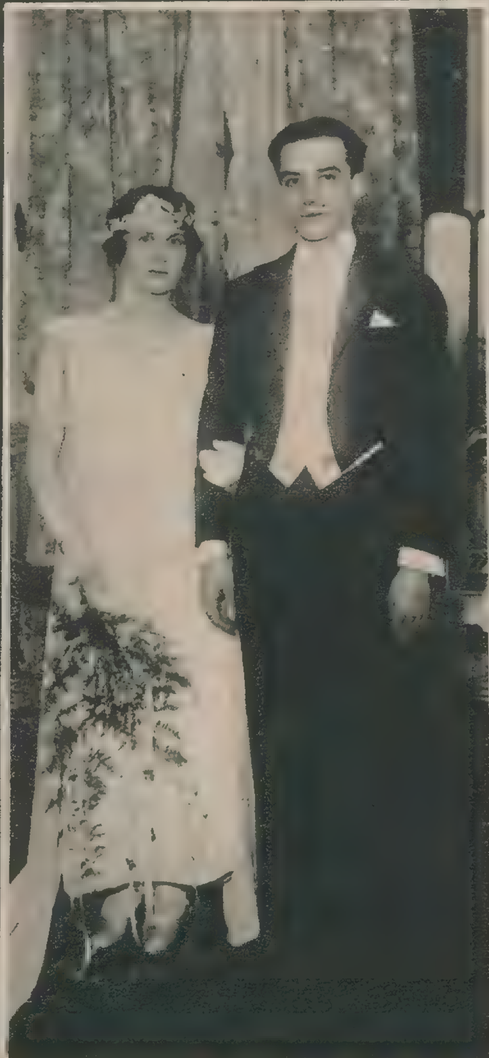


NOTAS SOCIALES

ENLACES



Señorita Ruth Pizzurno con el ingeniero señor Ivan Jagsich.



Rosario.—Señorita Sara Miller con el doctor Alfredo Navarro.



Lomas de Zamora.—Señorita María Rosa Pondé con El señor Alberto Laffaye.



Señorita María Cristina Delboy con el señor Rogelio Carballés Días.



Señorita Cavatorta con el señor González.



San Francisco (Córdoba).—Señorita Concepción Dávila con el señor Luis Ivor Guillot.

Fots. Cornet y Aranda y Parisienne.



DE AYER Y DE HOY



Un retrato de Miss María Harding, parienta del presidente de los Estados Unidos, en traje de manola. Este retrato, ejecutado por el pintor Orlando Campbell, ha sido expuesto en Nueva York.



El Museo Metropolitano de Arte de Nueva York ha adquirido recientemente esta estatua de bronce que data de la antigüedad griega y es uno de los ejemplos característicos de la perfección del arte heleno.



Dos cocodrilos de las costas de Florida en momentos en que se encaminan a procurarse el almuerzo, con una actitud sanjuanina.



Las maravillas de la radiotelefonía. Leo Koehn, de Detroit (E. U.), sordo de nacimiento que oyó por primera vez por medio de receptores radiotelefónicos



INFORMACIÓN GRÁFICA DE ROSARIO DE SANTA FE



Un aspecto del banquete efectuado en el Jockey Club y ofrecido por un grupo de destacadas personas de los círculos sociales, políticos, intelectuales y comerciales, al señor Joaquín Lagos (×), con motivo de su viaje a Europa.



Team Newell's Old Boys que triunfó por 3 a 0 goals en el partido por la Copa Vila jugado con Tiro Federal.



Equipo de Tiro Federal, que resultó vencido en el encuentro que sostuvo contra Newell's Old Boys.



Parte de la concurrencia al te danzante organizado por el Centro Colegio Nacional y realizado en los salones del Savoy Hotel, a beneficio de la biblioteca de dicha asociación.

Fots. Cornet y Aranda.

LA SEQUÍA Y SANTA ROSA



La fuente de Santa Rosa de Lima, obra del escultor Héctor Rocha, situada en los jardines de la Sociedad Rural Argentina, en Palermo.

El miércoles pasado era un día agradable, un veranito de San Juan adelantado, y el más viejo de nuestro convento, el contemporáneo de Fray Mocho, se fué al Zoológico para calentarse al solcito como los lagartos.

Pasaba Onelli, con su pasito de peludo apurado, y le gritamos:

—¡Eh, maestro, salud! Aquí estamos gozando del buen tiempo en sus jardines pelados.

Nos miró como echando chispas y dijo:

—¿Buen tiempo? ¿Usted no sabe que con esta seca feroz tengo que regar los canteros como en la resolana de enero? ¿Usted no sabe que por la falta de pasto en el campo y no mandar a mataderos, que no paga el flete, se carnean las vacas para dar de comer a los chanchos? Este es buen tiempo tan sólo para los haraganes que se sientan a tomar sol.

—No se enoje, maestro,—le dijimos,—porque la culpa es suya. Es usted el que ha hecho de Santa Rosa de Lima una vieja consentida y caprichosa. ¿No recuerda que fué usted que le sonsacó diez mil pesos a los estancieros para levantarle una estatua en la Rural a la que usted llamaba Directora de la Oficina Meteorológica Argentina? Fué usted el que no quiso que la vieja se jubilara y ahí tiene las consecuencias. La viejita, chocha con la estatua, quiso mostrarse agradecida y se pasó a la otra alforja: tuvo un ataque de poliuria; este año ha venido la reacción y ni con cánula.

Y el maestro nos contestó:

—Viejo bárbaro, no sea boca sucia, no haga enojar a la criolla, pues, si ella se tarda todavía en hacer llover, es por todo el bochinche que están poniendo el Gobierno y la Rural con motivo de convertir a la pastoricie en industria de la granja, y como se dice que la granja no puede explotarse ni progresar con los pantanos de los malos caminos, la criolla Santa Rosa está aguantando y deteniendo sus lluvias de mayo para ver si pasan antes todos esos carros de crema, de manteca, de quesos, de pollos y hasta de huevos para que éstos en un barquinazo no se hagan tortilla.

Vea, amigo: para que usted no quede mal con la santa y al fin corte la seca que nos está arruinando, voy a darle la fotografía de la bella obra estatuaria de Héctor Rocha para que la publique, y, en el campo, los que crean en ella, le prenderán dos velas. Será así la primera vez que "Fray Mocho" ascenda a los honores del culto. Haga así porque el agua está cerca, estoy seguro, pues el honrado ciudadano de Zaragoza que la patea de Correo del Zoológico, anda como pisando sobre huevos: ¡son los juanetes preanunciadores!

FALLECIMIENTO DEL SEÑOR FEDERICO MÉNDEZ



En forma repentina e inesperada se produjo el día 4 del corriente el fallecimiento de don Federico Méndez, caballero muy vinculado a la institución policial, donde contaba con numerosas simpatías y afecciones. Jubilado, con la jerarquía de comisario, después de treinta años de brillantes servicios en la policía a la cual ingresó como meritorio en 1892, el señor Méndez desaparece a una edad relativamente joven y cuando todavía era dado esperar provechoso fruto de su inteligencia e iniciativas en otros órdenes de actividades. Su muerte ha sido honda y sinceramente sentida.

LA ESPAÑA MONUMENTAL: TOLEDO



Torre de Santo Tomé.



Puerta de Visarra.



Un detalle árabe del interior de la Casa de Mesa.



Exterior lateral del altar mayor de la catedral.



La Puerta de los Leones de la catedral.



Puerta del Niño Perdido, del mismo templo.



Puerta del convento de Santa Cruz.



Palacio del rey don Pedro I.



Puerta principal del Alcázar.

DE NUESTRO MUNDO FERROVIARIO



Cabecera de la mesa en el banquete ofrecido al señor Carlos A. Sarthou, con motivo de haberse retirado de la administración del ferrocarril Central Argentino, para ocupar el alto cargo de jefe de tráfico del ferrocarril Rosario a Puerto Belgrano. La demostración fué ofrecida por el señor Leslie a quien contestó el obsequiado. Luego hicieron uso de la palabra los señores Mac Rac, Sampson, Leguía y de la Cuesta. El acto se llevó a cabo en el restaurant de la estación Retiro C. A.

"FRAY MOCHO" EN CORRIENTES



Ecos de las fiestas mayas. — El gobernador de la provincia, doctor J. Robert, y demás comitiva oficial, saliendo de la casa de gobierno para asistir al Tedéum oficiado en la iglesia de La Merced.



El regimiento número 9 de infantería, desfilando ante la casa de gobierno el día del aniversario patrio.



Grupo de alumnas de la Escuela Normal Profesional que cantaron el himno nacional en la plaza de Mayo.

Fots. Elena Ingimbert.



Personal directivo y docente de la Escuela Normal Profesional, que tuvo a su cargo la organización del programa conmemorativo del 25 de mayo, en las escuelas de la capital correntina.

ARSENAL DE GUERRA JOSÉ MARÍA ROJAS



Concurrentes al baile popular organizado en conmemoración del reciente aniversario patrio, y llevado a efecto en el arsenal de guerra José María Rojas, en Río Cuarto. Al fondo, en el palco, la comisión de fiestas presidida por el teniente primero don Jesús Navarro, comandante de la 4.ª compañía del batallón de arsenales de guerra.

Fot. J. Agostini.



ECOS DEL TORNEO ATLÉTICO REALIZADO EN TUCUMÁN



Señoritas Blanca Molmenti (sentada), campeón en carrera de 60 metros y salto con impulso, y señorita Sofía Castillo.



Jorge Llobet Cullen, que lanzó el martillo a 40.40 metros.



Salvando vallas de 1 10 metros de altura



Team de Racing, que venció a los tucumanos.



Grupo de atletas tucumanos que tomaron parte en el torneo



Componentes del Basket Ball, de Tucumán, que resultó vencedor en su encuentro contra el grupo de Buenos Aires.



El gobernador de la provincia, acompañado de las autoridades locales, en el stadium del Club Atlético de Tucumán, el día en que se realizaron las olimpiadas.

Fots. Luis Alfredo Posse.

GENTE MENUDA



Raúl Herberto y Celina Hilda Minetto.



Andrés Apat.



Encarnación Pastor Blanes.



Haydée y Héctor Mujica.

BELLEZAS PARAGUAYAS



Señorita Esther Sosa Escalada

EL FOOTBALL EN EL INTERIOR



Saladillo (F. C. S.)— Team Centro Unión Empleados, que resultó vencedor en el partido jugado con Independientes, de Roque Pérez.



Equipo Independientes, de Roque Pérez, derrotado en el encuentro con Centro Unión Empleados, de Saladillo, por 2 a 0 goals.

Fots. Imberti

ALREDEDOR DEL MUNDO



Después de la gran guerra el ejército norteamericano sigue progresando tecnicamente. A algunos regimientos de artillería se les ha dotado con este poderoso reflector de nuevo modelo para la defensa contra ataques aéreos



El marinero norteamericano Cacho, de la tripulación del "Henderson", que ganó todos los matches de box de la categoría de peso mosca en que participó y a quien se considera futuro campeón mundial en su categoría.



Una hornada de príncipes en tiempos de superproducción de sangre azul. Vástagos de la familia real de Eswazilandia dispuestos a asistir, en su traje de gran parada, a una función pública.



Una familia de jirafas,—grupo rarísimo dada la escasez de esos animales,—sorprendida por la cámara fotográfica de una expedición al centro de Africa, en momentos en que los animales se disponían a beber, lo que efectúan cada tres días.



DOS INTERESANTES FOTOGRAFÍAS DEPORTIVAS



Un episodio culminante de un partido de football realizado en Manchester, Inglaterra. Esta admirable fotografía ha sorprendido en el aire a casi todos los jugadores.



Los dos grandes templos del "baseball". Notable fotografía aérea de Nueva York en la que aparecen las dos canchas de baseball más grandes del mundo: el Yankee Stadium en primer término, y en el fondo, Polo Grounds. Entre ambos parques de juego, el río Harlem. Los dos juntos [illegible]



DE NUESTRO MUNDO BANCARIO



Concurrentes al banquete recientemente ofrecido al señor José Antonio Toppi por sus compañeros del Banco Español del Río de la Plata, con motivo de su próximo enlace.

CASILDA (SANTA FE)



Grupo de estudiantes de la Escuela Nacional de Agricultura, festejando la fecha del 25 de mayo.

SANTOS LUGARES (F. C. P.)



El personal docente y los alumnos de la escuela fiscal N.º 17, después de la brillante fiesta patriótica realizada en celebración del aniversario de la independencia.

VILLA SABOYA



Señoras y señoritas que tuvieron a su cargo el bazar-rifa que actuó el día de la fiesta patria.

Comida criolla ofrecida por el presidente de la comisión de las fiestas mayas, señor José Peppino, en la estancia de su propiedad, a las autoridades locales y a la banda del pueblo.

Fots. Gerardo Fiore, Cohen y J. Delle Mattea



El monumento a Leandro N. Alem. — Aceptación del proyecto del escultor Zonza Briano



"La ofrenda de la madre", uno de los símbolos que adornan la base del monumento.



La estatua del tribuno, arengando al pueblo.



"El despertar del pueblo", ctra de las figuras simbólicas del monumento.



Motivo artístico. — "El virtuoso", por Juan Mas (hijo).



Mánica

Las mujeres en la literatura.—Lady Macbeth (de Shakespeare)

por Luis de OTEYZA

Descubierto el Mediterráneo de que Shakespeare llevó a sus dramas las determinantes del teatro, que son acción, pasión y caracteres, los señores críticos se lanzaron con ardimiento a la busca y captura de todos y cada uno de los sentimientos pasionales definidos por los respectivos caracteres de los personajes que mueven la acción en las obras del gran dramaturgo inglés.

Y así hallaron que encarnan: Otelo, los celos; Hamlet, la duda; Shylock, la avaricia; Yago, la envidia y la traición; Romeo y Julieta, el amor; las hijas de Lear, la ingratitud dos y la abnegación una; Ofelia, la desesperación del abandono, etc., etc. Todo iba tan divinamente que parece mentira que fueran críticos quienes lo llevaran, pero al llegar a Macbeth, ¡cataplún!, los tales señores asomaron la oreja. Como encarnación de tres sentimientos presentaron al guerrero escocés, que sólo encarna uno: el de dejarse conducir por su mujercita como un calzonazos que era.

Macbeth — decretó la crítica — es la ambición, es el crimen, es el remordimiento. Y, efectivamente, Macbeth no es ni lo uno, ni lo otro, ni lo otro. En el drama "Macbeth" sí están encarnados esos tres sentimientos pasionales; pero no los encarna el protagonista, sino su señora esposa. Lady Macbeth es la que ambiciona, la que asesina, la que muere destrozada por el recuerdo de su acción criminal.

Don Alberto Lista, que tenía algún talento más del que los señores críticos suelen tener, vislumbró esto cuando dijo: "Macbeth, guerrero valiente, pundonoroso y leal, duda y vacila antes de emprender el obscuro camino que su ambición le traza; pero lanzado ya en esa fatal carrera, su espíritu varonil le conduce hasta el fin de la jornada y lucha contra todo. Lady Macbeth, como mujer, más dócil a la seducción, sin dudas ni vacilaciones, pisa decidida la senda del crimen a que la ambición la arrastra; pero luego tiembla y vacila y muere fatigada, no pudiendo soportar la fiera lucha." ¿Está esto claro?, qué diría el señor Maura, si no fuera porque, según "La Acción", no tiene el referido señor nada que decir por el momento.

Así vislumbró Lista que en el matrimonio Macbeth quien con más fuerza siente la ambición y quien se lanza al crimen y quien sucumbe a los remordimientos es ella. Y así lo veo claramente yo, que, aunque me esté mal en decirlo—que sí que me está—, me entero bien de lo que miro, porque miro con mis propios ojos, sin emplear las ahumadas gafas de la vieja crítica. Mirad vosotros, lectores.

Macbeth, señor de Glausis, no cree posible lograr el título de señor de Cándor, cuyo poseedor vive poderoso y respetado. Al saber que el monarca escocés le otorga ese señorío, despojando por traidor a quien lo llevaba, recuerda que las brujas le saludaron, a más de como señor de Cándor, como rey de Escocia. Cierto que entonces pasa por la mente de Macbeth la idea del regicidio; pero Macbeth la rechaza en el acto, diciendo:

> Si rey me quiero el hado, puede el [hado,
> sin yo solicitarlo, coronarme.

En cambio, lady Macbeth, al enterarse de la predicción de las brujas y del incumplimiento de la primera parte de esta predicción, concibe el crimen intantáneamente y se propone influir sobre su esposo para que lo cometa. Terminantemente dice:

> Mi espíritu se vierta en sus oídos
> y con el brío de mi lengua azote
> cuando impida alcanzar esa corona
> a su sien por el hado destinada.

Luego, apenas su marido entra anunciando, con la llegada del rey Duncan, el propósito que éste tiene de partir al siguiente día, Lady Macbeth comenta:

> ¡Oh! Jamás verá el sol de ese mañana.

Macbeth, entonces, indeciso y preocupado, dice:

> Hablaremos...

Y lady Macbeth, para ahuyentar la preocupación de su esposo y afirmarle en lo que se propone, añade:

> Alegre quiero verte,
> que de cobardes es temer su suerte.

Igualmente en las escenas que preceden a la del regicidio y en la escena del regicidio mismo, el marido es quien vacila y la mujer la que impulsa. Macbeth pone reparos, advierte peligro, señala temores, y lady Macbeth tras de ir refutándole en todo, le acusa de cobardía, diciéndole:

> ¿Quieres tú lo que aprecias cual la [vida,
> o en mi propia opinión vivir cobarde?

Y ella es quien embriaga a los centinelas, quien pone los puñales junto a ellos, quien lleva el matador hasta el mismo pie del lecho de la víctima.

Indudablemente es así que lady Macbeth antecede y supera en la ambición y en el crimen a Macbeth. Que de igual modo ocurra en el remordimiento cabe dudarlo. Pero tal duda, nacida de la fuerza enorme de una frase genial, puede desvanecerse fácilmente.



LO MISMO

—Le encuentro preocupado, doctor.
—Acabo de perder a mi mejor cliente.
—¿Se ha muerto?
—No; pero es lo mismo: se ha sanado.

Es verdad que se aterroriza Macbeth del crimen apenas acaba de cometerlo, y verdad que las palabras con que expresa su terror son definitivas:

> Macbeth, no duermas, que mataste al [sueño.

Pero el terror que inspira esa frase, ¿nace del remordimiento o es el terror mismo que antes de cometer el asesinato sentía quien tanto temió ser asesino?

Esta es la cuestión y pudiera discutirse. Yo no la discuto. Cedo desde luego en que los remordimientos asaltan primero a Macbeth. Sin embargo, sostengo que lady Macbeth siente los remordimientos con más intensidad que su esposo. A ella la matan; a él, no. La prueba no puede ser más terminante.

Macbeth ve sombras, tiembla ante los augurios, delira espantado cuando las funestas predicciones parecen confirmarse. Lady Macbeth se muere, simplemente. Pero esto poco me parece algo más que todo lo restante. Y por eso creo que lady Macbeth, igual que la ambición y el crimen, encarna el remordimiento mejor que Macbeth mismo.

Sentado lo que antecede, ¿se deduce que lady Macbeth sea el prototipo de la perfecta arpía? ¡Caramba!, tanto como eso no... Arpía, en el recto sentido, es un avechucho horrendo, feroz y asqueroso, y en el sentido figurado y familiar, la mujer de mala condición, fea y flaca. En el primer sentido no puede aplicarse la palabra a lady Macbeth, y en el sentido segundo, tampoco. De las tres características que este sentido definen, sólo tenía lady Macbeth una. Mujer de mala condición sí que era; pero no era ni fea ni flaca.

El célebre poeta norteamericano James R. Lowell, la supone bonita, fundándose en que se preocupa de su belleza cuando en la escena del sonambulismo, dice: "No puedo borrar la sangre de esta pequeña mano mía." Yo la supongo metida en carnes, aunque nacida en la patria del bacalao, por lo que expone a su esposo en la escena de la inducción al recordarle los días de la lactancia del hijo de ambos. Era, pues, lady Macbeth sencillamente una mala mujer, tan peligrosa, eso sí, como pueda serlo la propia temible ave de la mitología a que aludí en el párrafo anterior. Convenido.

Pero tampoco se obraría en justicia culpándola de todas las atrocidades que en el drama "Macbeth" ocurren, y por ello, aun considerando a lady Macbeth encarnación de cuantos malos sentimientos hay en la obra de Shakespeare, debe insistirse en lo ya señalado, respecto al carácter, mejor dicho, a la falta de carácter de su esposo. Macbeth era un calzonazos que no sabía imponer su autoridad. Con otro marido que le hubiera dado media docena de vergajazos—el vergajo, según un vendedor ambulante que los pregona a gritos, es "el arreglo de la casa"—al oirla decir que concebía asesinar a Duncan, lady Macbeth se calla y no pasa más.

Como os lo digo.

El Congreso Constitucional de la República de Costa Rica, ha aprobado una ley por la cual "son prohibidos los juegos en que la pérdida o la ganancia depende de la suerte o del acaso y no de la habilidad o destreza del jugador."

Quedan también prohibidos los juegos "en que intervenga el envite."



SECCION VERMOUTH

SE PISÓ EL PONCHO

En un cafetín de la Boca charlaban un griego y un judío. Decía el primero:

—Los antiguos griegos eran el pueblo más admirable que existió. Sabían de todo. Mira: hace poco, excavando cerca del Acrópolis, en Atenas, encontraron rollos de alambre, lo que demuestra que los antiguos griegos conocían el telégrafo...

—Puede ser—replicó el judío.—Pero en mi opinión, el pueblo más admirable de toda la antigüedad fué el de los judíos. Mira: recientemente hicieron unos excavaciones cerca de Jerusalén, y no encontraron nada... Eso te demuestra que los antiguos judíos conocían el telégrafo sin hilos...

SIN RIVAL

Al discutirse en el Congreso Federal de los Estados Unidos un proyecto de ley sobre protección de aves migratorias, uno de los adversarios de la misma declaró que constituía el ejemplo más flagrante de intervención federal contra la soberanía de los Estados y la libertad personal, que se presentaba la "ley seca" propuesta por el señor Volstead.

El autor del proyecto vió en seguida a su colega Volstead.

—¿Ha oído?—le dijo.—Compara a mi proyecto con su ley. Supongo que ahora usted no tendrá reparo en votar mi proyecto. Las dos son consideradas atentatorias a la libertad.

—Ahora más que nunca —repuso Volstead; —no quiero que le hagan competencia a mi ley.

CONCIENCIA DE PECADOR

Era un piadoso hebreo, pero le gustaba demasiado el jamón y se veía en serios aprietos para reconciliar la religión con el apetito. Cierto día, después de contemplar un plato de sandwich expuesto en el mostrador del bar, la tentación pudo más: se adelantó resueltamente, tomó un sandwich de jamón y procedió a devorarlo. Entretanto, el cielo se había encapotado, y en el instante en que el piadoso hebreo deglutía el primer bocado resplandeció un relámpago énorme y retumbó el trueno. El pobre hombre dejó caer el sandwich, alzó los brazos y exclamó aterrado:

—¡No, Dios mío, no!: era sólo un pedacito de carne.

FASTIDIADO AL FIN

Murió un chacarero, dueño de una chacrita y unas vaquitas que podían valer, en todo, cuarenta mil pesos. Dejó varios hijos. El mayor se encargó de representar a sus hermanos y efectuar los trámites testamentarios. Al cabo de algunos meses lo encontró un amigo:

—¿Cómo te va con el asunto de la testamentaría?

El mozo meneó la cabeza, con expresión de fastidio y desaliento:

—¡No me hables! Es cosa de nunca acabar. Puro ir y venir a los tribunales. ¡Qué perdedero de tiempo! Mira: hay momentos en que desearía que papá no se hubiera muerto.

EL PERSONAJÓN

Un día el duque de Morny entró en el despacho de Rothschild mientras éste se hallaba muy ocupado.

—Tome una silla—le dijo Rothschild sin alzar la cabeza.

—¿No ha oído mi nombre, señor?—exclamó ofendido el distinguido visitante.—¡Soy el duque de Morny!

Rothschild, sin dejar de escribir, replicó:

—Entonces... tome dos sillas.

HOMBRE INFLUYENTE

Durante años, el electorado le había respondido, y le había respondido a causa de su gran influencia en Buenos Aires, con la que podía obtener cualquier cosa para su provincia. El rival que al fin surgió, se vió en serio aprieto: no podía hablar mal de ese hombre tan querido por el electorado a causa de su influencia. Entonces, dejándose llevar por la corriente, dijo en su discurso de propaganda:

—Fulano de Tal es persona de vasta influencia en la capital. Consigue todo lo que quiere. Si, lo que Dios no permita, sufriera un ataque de demencia y se le ocurriera pedir que manden una intervención a la provincia, ¡se manda!; o que suspendan el pago de la subvención, ¡se suspende!

Y en este tren infundió a los electores un temor tan grande la influencia de su adversario, que éste fué derrotado.

EVIDENTEMENTE



—Siempre he tenido un gran respeto por la verdad.
—Ya lo creo: como que siempre te conservas a respetuosa distancia de ella.

CON TODA FRANQUEZA

El juez, con fastidiosa insistencia, decía al testigo:

—Y recuerde bien que debe decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad.

—Bien, señor; ya que usted insiste tanto en que le diga toda la verdad, le diré que usted es el hombre más chinche que he encontrado en mi vida.

OFENDIDA

La joven bonita, al descender del tren, dijo que el caballero la había ofendido durante el viaje.

—Pero, ¿cómo? Dime, hija—decíale la amiga que había ido a recibirla a la estación.

—Sí; imagínate que viajamos en el mismo coche durante más de dos horas, ¡y ni una sola vez me miró!...

CONSEJO

Hizo a su amigo un largo, quejumbroso y lamentable relato acerca del dolorcito que tenía en un ojo. Y terminó:

—¿Te parece que vea un oculista?

—No; será mejor que veas un optimista.

SINTOMA INFALIBLE

—No, señor — dice el padre de la muchacha — no puedo concederle la mano de mi hija.

—Pero, ¿por qué?

—Porque la pobrecilla es imbécil.

—No lo había notado. ¿En qué consiste su imbecilidad?

—En haberse enamorado de usted.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Conocimientos útiles

Cuando se está cosiendo, sobre todo si es a máquina, resulta muy molesto tener que agacharse para coger del suelo las agujas, los alfileres o las tijeras que a veces se caen. La molestia se evita teniendo a mano pendiente de un cordón un imán ordinario con el cual se puede recoger todo objeto metálico que se caiga.

Los colchones deben enfundarse como las almohadas, y mudarles la funda de cuando en cuando.

De este modo se preservan las telas de la suciedad y de los gérmenes patógenos, la cama está más limpia y no hay que echarles tela nueva tan a menudo.

Para evitar la humedad en las alacenas se pone en ellas una caja con cal viva, y cada dos días se saca, y después de secarla junto a la lumbre se vuelve a meter.

Cuando las sillas de rejilla se ponen blandas y flojas por el uso, cosa que les da mal aspecto y las hace incómodas, se esponjan por ambos lados con agua de jabón espumosa y caliente en la que se haya disuelto un puñado de sal. Luego se ponen a secar al aire libre y cuando están bastante secas por encima, se cubre la rejilla con un paño y se plancha con una plancha caliente. Con este procedimiento los asientos y respaldos de rejilla se quedan tan rígidos como de nuevos.

Cuando se barre una habitación alfombrada debe humedecerse un poco un periódico, y rompiéndolo después en pedazos pequeños, se esparcen éstos por la alfombra antes de empezar el barrido. Al barrer, se va recogiendo con la misma escoba el papel, y éste tomará casi todo el polvo, impidiendo que se levante y llene los muebles. Téngase presente que el papel no debe estar chorreando, sino sólo húmedo. Es lo mismo que cuando se echa serrín en una habitación sin alfombrar para barrerla.

Para sacarse un anillo de un dedo que ha engordado o está un poco hinchado, se aconseja lavarse con jabón, o frotarse el dedo con jabón blando. Este procedimiento es bueno, pero con frecuencia no da resultados. En tal caso, se toma un hilo grueso y se enrolla al dedo en espiral continua y bien unida, hasta por encima de la articulación que sirve de obstáculo. El extremo más próximo a la palma, se pasa por debajo del anillo. Tómese entonces la punta del hilo y vaya desenrollándosele poco a poco de arriba a abajo, desde la mano hacia la punta del dedo; el anillo, bajo la presión del hilo, desciende lentamente y sin gran dificultad salva la articulación difícil.

La cocina

SALCHICHAS EN SALSA

Pónganse las salchichas en una cacerola con agua, en proporción de medio litro para medio kilo de salchichas. Cuézanse éstas durante tres cuartos de hora, y luego, sacadas del agua, pónganse en un plato caliente dentro del horno para que no se enfríen, mientras la salsa que han dejado se espesa con dos cucharadas de harina, un poco de cebolla tostada, etc. Sazónese esta salsa con sal y pimienta y échese por encima de las salchichas.

PAVO ASADO

Para que resulte un buen asado, el pavo ha de ser tierno, joven y estar bien cebado. El tamaño grande no significa bondad de carne.

Colocada el ave en el asador, albardada con hojas de tocino y envuelta en papel engrasado, se asará muy lentamente y durante bastante tiempo para que toda ella se pase bien.

A media cocción se quitan el tocino y el papel para que tome color el pavo y se espolvorea con sal nada más, mojándolo de continuo con su propia grasa. Se sirve muy caliente, al natural, echándole por encima el jugo perfectamente desengrasado.

BACALAO A LA PROVENZAL

Póngase un trozo de bacalao en agua fría y déjesele veinticuatro horas para desalarlo. Transcurrido este espacio de tiempo se pone a cocer en una olla, retirándolo cuando empiece a hervir. Entonces se pone en una cazuela mantequilla, aceite, ajo, perejil, y se deja desleír a fuego suave. Mientras tanto se limpia el bacalao y se corta en pedazos y se pone en la cazuela echándole de vez en cuando un poco de aceite, manteca o leche y cuando esté espeso, se mueve mucho la cazuela sobre el fuego con lo cual se consigue que el bacalao se reduzca a una especie de nata.

PREOCUPACIÓN



—Mi marido tiene la solitaria. Parece que no es cosa de cuidado; pero, tú comprendes, siempre es una boca más que mantener.

CANGREJOS A LA BELGA

Para 50 cangrejos, se ponen en una cacerola de bordes altos medio litro de vino blanco, otro medio de vinagre ligero de manzanas, y otro medio de vinagre de vino, dos puñados pequeños de sal gorda, seis pulgaradas de pimienta común y una pizca de pimienta de Cayena.

Después se añade un manojo de perejil, una ramita de estragón y algunas ramas de hinojo.

Cuando está todo cociendo, se echan los cangrejos y se dejan cocer durante diez minutos. Sáquense con la espumadera y cómanse calientes.

CARRERA PEDESTRE



—¡La flauta con el frío que hace! ¡Dos grados bajo cero!... Y esos ¿adónde irán tan corriendo?

—Con este tiempo, a comprarse unos pantalones.

EMPAREDADOS DE NUECES

Píquese un cuarterón de nueces y mézclese con cincuenta gramos de queso rallado, media cucharada pequeña de sal y un poco de pimienta de Cayena. Córtense rebanadas delgadas de pan; úntense de manteca y póngase entre cada dos una capa de nueces preparadas como queda dicho.

PONCHE INGLES

En una tetera grande se ponen en infusión durante media hora, en un cuartillo de agua hirviente 60 gramos de té verde y las cortezas de dos limones.

En una cacerola se echan 250 gramos de azúcar molido y el zumo de dos limones descortezados, removiendo con la espátula hasta que se derrita el azúcar. Se añade entonces una botella de ron y el té de la tetera y se calienta todo al bañomaría sin dejarlo cocer.

Al servirlo en la ponchera se enciende el ponche.

LICOR DE VAINILLA

Tómense dos palitos de vainilla, litro y medio de aguardiente, y medio kilo de azúcar. Se rompe la vainilla en pedacitos y se echa en el aguardiente, dejándola en infusión por dos semanas. Cuézase en un litro de agua hasta que forme un jarabe bastante claro, y después viértase el aguardiente, poniéndolo a hervir todo durante diez minutos. Cuando está frío, se filtra y se embotella.

HOP-FROG, por Edgar ALLEN POE

A mi entender, nadie era más alegre ni más chistoso que aquel excelente rey. No amaba más que las farsas. El mejor modo de obtener su favor era contarle una historia del género bufo. Así, sus siete ministros eran notables por sus talentos de juglar: modelados por el patrón real, tenían la fuerte corpulencia y la bufonería fácil de su señor. Yo no he podido contestar nunca a esta pregunta: ¿las gentes engordan por la farsa, o hay en la gordura algo que predispone a ella? Seguramente, un bufón escuálido es un pájaro raro.

El rey no tenía agudeza ni finura de espíritu. Admiraba las bufonadas en toda su largueza y longitud. El Gargantúa de Rabelais era a sus ojos superior a Zadig de Voltaire. En fin, las majaderías en acción le cautivaban mucho más que las majaderías habladas.

En el momento en que se desarrolla esta historia, el oficio de bufón de corte no había aún pasado de moda. Algunos monarcas conservaban sus locos, especies de histriones tocados con bonetes de cascabeles y siempre prestos a pagar con buenas palabras las migajas de la mesa real.

Nuestro rey tenía, pues su loco, y saboreaba con deleite su locura para olvidar la pesada sabiduría de sus siete ministros. Por lo tanto, su bufón de oficio no era simplemente un loco; era un demente raro, un loco enano y cojo. Los enanos son tan conocidos como los locos, y en aquella época, cualquier monarca hubiera encontrado el tiempo inacabable sin un bufón que le hiciera divertirse y un enano para reir a sus expensas.

Pero en el ochenta por ciento de los casos los bufones son gordos, rechonchos y pesados; así es que nuestro rey estaba muy orgulloso de tener a su servicio a Hop-Frog. Hop-Frog no era el verdadero nombre del bufón: había sido bautizado de esta suerte por los siete ministros a causa de su modo de andar, distinto del de los otros hombres. El hecho es que Hop-Frog no podía moverse sino a saltos y haciendo contorsiones, lo cual proporcionaba al rey un divertimiento perpetuo. Para compensar esta debilidad de piernas, la naturaleza había dotado a Hop-Frog de una potencia muscular prodigiosa. Sus brazos eran de acero, lo que le daba una agilidad sorprendente, permitiéndole trepar sin trabajo a un árbol o por una cuerda. Yo no os diré la nacionalidad de Hop-Frog. Sin duda, provenía de una ciudad bárbara, desconocida y muy lejana de la corte de nuestro rey. El y una joven casi niña, pero admirablemente formada y muy hábil danzadora, habían sido arrebatados de sus casas y enviados como regalo al rey por uno de sus generales victoriosos: unidos por anterior estrecha intimidad y por su común desgracia, se habían hecho súbitamente grandes amigos. Hop-Frog, impopular a pesar de sus bufonadas, no podía prestar a Tripetta grandes servicios; pero ella, por su gracia y su belleza, gozaba de universal admiración: tenía, pues, mucha influencia, de la que usaba en todas ocasiones en beneficio de su querido compañero.

Un día, con motivo de no sé qué ocasión solemne, el rey resolvió dar un baile de máscaras. Cada vez que una mascarada o cualquiera otra distracción tenía lugar en la corte, Hop-Frog y Tripetta eran los héroes obligados por sus diversos talentos, Hop-Frog sobre todo, cuya imaginación maravillosa creaba decoraciones y disfraces innumerables.

Llegó la noche de la fiesta. Se había dispuesto, bajo la dirección de Tripetta, una sala de baile deslumbrante; la corte entera estaba poseída de fiebre y de impaciencia, aguardando la hora señalada para el festín. Cada cual había escogido su traje y su papel—algunos se habían tomado quince días o un mes de anticipación para aprenderlo.—y solamente el rey y sus siete ministros permanecían todavía irresolutos. Sin duda, tan sesudos personajes no brillaban por su inventiva. Esperando, el tiempo pasaba; se envió, pues, como último recurso, a buscar a Hop-Frog y Tripetta.

Cuando los dos pequeños amigos comparecieron delante del rey, le encontraron a la mesa, bebiendo "realmente" vino con sus siete ministros; pero, a pesar de esto, de muy mal humor. El monarca sabía que Hop-Frog tenía horror al vino, pues le excitaba hasta la locura, y no encontró nada mejor que debutar con una majadería obligando a su bufón a beber.

—¡Acércate, Hop-Frog—le dijo,—y bebe esta copa a la salud de nuestros amigos ausentes!—Aquí Hop-Frog exhaló un largo surpiro.—¡Esto te aguzará el ingenio, muchacho! Nos faltan tipos, caracteres, algo nuevo y fantástico. ¡Sobre todo, huye de la trivialidad! ¡Vamos; bébela de un trago: el vino te prestará genio!

Como de costumbre, Hop-Frog quiso responder con una buena frase a las finezas del rey; pero el esfuerzo fué muy grande. Era precisamente el cumpleaños del pobre bufón; así es que al oir la orden de beber por sus amigos ausentes, mientras tomaba muy triste la copa de manos de su tirano, sus ojos se llenaron de amargas lágrimas, que se mezclaron con el vino.

—¡Ah! ¡Ah!—rugió el rey cuando el enano apuró la copa.—¿Ves el efecto de un vaso de buen vino? ¡Ya echan chispas tus ojos!

¡Pobre bufón! Sus ojos refulgían, en efecto, pues el vino ejercía una poderosa e inmediata acción sobre su sistema nervioso. Puso nerviosamente el cubilete sobre la mesa, y paseó a su alrededor una mirada de loco. Todos parecían contagiados de la majadería real.

—¡Ea; al trabajo!—dijo el primer ministro, un hombre muy gordo.

—¡Eso es!—aprobó el rey.—¡Vamos, Hop-Frog; ilumínanos con tus luces! ¡Tipos, muchacho! ¡Sírvenos tipos, caracteres! Todos tenemos necesidad de carácter... ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Con este conato de chiste, los siete ministros se pusieron a reir. Hop-Frog rió también, pero con una sonrisa vaga y distraída.

—¡Vamos! ¡Vamos!—dijo el rey.—¡Apresúrate a encontrar algo!

—Trato de encontrar alguna cosa nueva,—respondió el enano meditabundo.

—¡Tratas!...—aulló el rey.—¿Qué significa esa palabra? ¡Ah! ¡Tú no te diviertes! ¡Todavía te falta vino! ¡Y bien; trasiega esto!

Y le alargó una nueva copa llena, sin piedad de su dolor y de su azoramiento.

—¡Bebe, te digo, o por todos los diablos!...

El enano retrocedió; los cortesanos sonrieron malignamente; el rey enrojeció de rabia. Entonces, pálida como una muerta. Tripetta avanzó hasta el sillón del tirano, y le pidió perdón para Hop-Frog.

Estupefacto por tal audacia, el rey la miró algunos minutos. No sabía cómo desahogar su violenta indignación. Después, sin pronunciar una palabra, la empujó cruelmente, arrojándole al rostro el contenido de la copa.

La pobre pequeña se levantó como pudo, y volvió a colocarse en su sitio, al pie de la mesa, no osando ni aun suspirar.

Un silencio de muerte reinó algunos minutos: se hubiera podido oir la caída de una hoja, de una pluma. Luego, un rechinar sordo, pero ronco y prolongado, pareció surgir a la vez de todos los rincones de la cámara.

Furioso el rey, se volvió hacia el enano preguntándole por qué hacía aquel ruido. Hop-Frog parecía ya sereno, y mirando fija y tranquilamente al rey, exclamó:

—¡Yo! ¿Cómo puedo ser yo?

Uno de los cortesanos hizo notar que el ruido parecía venir de fuera, y que era, sin duda, el papagayo del balcón al afilarse el pico de los barrotes de la jaula.

—¡Es verdad!—murmuró el monarca.—Sin embargo, hubiera jurado que era el chirrido de los dientes de este miserable.

El enano se puso a reir (el rey era demasiado farsante para formalizarse por una risa), y mostró una formidable y poderosa ringlera de dientes. Luego declaró que estaba pronto a beber todo el vino que se quisiese, y después de apurar una desbordante copa, se puso a explicar el plan de la mascarada:

—Yo no puedo deciros—dijo—cómo me ha venido esta asociación de ideas; pero mientras V. M. golpeaba a Tripetta arrojándole el vino al rostro, y mientras el papagayo gritaba en la ventana, he concebido una diversión peregrina. Es un juego que en mi país introducimos con mucha frecuencia en las mascaradas, pero que aquí se ignora en absoluto. Desgraciadamente, son necesarios ocho...

—Somos precisamente ocho—excla-

DE PRONTA CONFIRMACIÓN



—¿Es viejo este whisky?
—No lo sé; pero puedo asegurarle que no se hará más viejo.

mó el rey;—yo y mis siete ministros. Explícanos ese juego.

—Se llama—dijo Hop-Frog—"Los ocho orangutanes encadenados", y es, en verdad, un juego muy divertido cuando se ejecuta diestramente.

—¡Lo ejecutaremos! — dijo el rey encantado.

—La gracia del juego — prosiguió Hop-Frog—es el terror que causa en las mujeres.

—¡Admirable!—clamaron a coro el monarca y sus consejeros.

—Yo mismo os disfrazaré de simios —añadió el enano.—Confiad en mí: yo garantizo el parecido. Todos los invitados os tomarán por animales verdaderos. ¡Juzgad de su espanto!

—¡Encantador!—dijo el rey.—¡Haremos de ti un hombre, Hop-Frog! ¡Tienes ingenio!

—El ruido de las cadenas aumentará el desorden. Os supondrán escapados de vuestras jaulas. ¡Calculad el aspecto gracioso de un baile en el cual ocho orangutanes encadenados hacen irrupción dando gritos salvajes en medio de una multitud brillante y engalanada!

—¡Convenido!—dijo el rey levantándose vivamente con sus ministros para llevar a efecto el proyecto de Hop-Frog. El tiempo urgía.

El bufón los transformó en orangutanes de un modo muy somero, pero suficiente. Los animales de esta especie eran raros entonces en los países civilizados: se podía, pues, imitarlos fácilmente, como decía Hop-Frog. El rey y sus ministros fueron introducidos en camisas y calzones encolados y barnizados con brea. Uno de los ministros sugirió la idea de adornarse con plumas; pero Hop-Frog no quiso, y no le costó gran trabajo persuadir a los ocho personajes de que la linaza imitaba mucho mejor la piel del orangutan. Se extendió una capa espesa por encima de la de brea. Luego tomó una grande cadena, que pasó alrededor de la cintura del rey y de sus siete secuaces, y encadenados de esta suerte, se apartaron los unos de los otros lo más posible y formaron un círculo.

La gran sala de baile era una alta pieza circular, en donde la luz del sol penetraba por una ventana única abierta en el techo. Aquella noche estaba alumbrada por una inmensa araña sostenida por una cadena que se bajaba o subía por medio de un simple contrapeso, y que para no deslucir la elegancia decorativa pasaba por encima de la cúpula después de atravesar el techo.

Tripetta había sido encargada de la ornamentación de la sala; pero Hop-Frog la había ayudado en el arreglo de ciertos detalles. Así, por su consejo, se había elevado la araña, por miedo a que el gotear de la cera, producido por una atmósfera tan calurosa, manchase los vestidos de los invitados, demasiado numerosos para que pudieran huir del centro de la sala, de donde pendía la araña, la cual fué suplida por candelabros encendidos colocados en sitios diversos. Puso, además, un hachón perfumado en la mano derecha de cada una de las cincuenta o sesenta cariátides que decoraban los muros.

Siguiendo la orden de Hop-Frog, los ocho orangutanes hicieron su entrada a la media noche en medio de la multitud enmascarada. Cuando el reloj dió su última campanada, se precipitaron como una tromba, tropezando, rodando y arrastrando su cadena. El efecto fué prodigioso y conmovió alegremente el corazón del rey. La mayor parte de los invitados creyeron firmemente que aquellos ocho seres feroces eran verdaderos animales; algunas mujeres se desmayaron, y el rey y sus ministros hubieran podido pagar cara su broma si no se hubiera prohibido ir al baile con armas. Todo el mundo se precipitó hacia las puertas; pero se habían cerrado después de la entrada del rey, el cual había guardado las llaves.

Cuando el pánico estaba en su colmo y cada uno no pensaba sino en su propia salvación, la cadena que servía para sostener la araña (que había sido igualmente retirada) descendió por el arco de la bóveda hasta que el gancho de su extremidad estuvo a tres a cuatro pies del suelo.

En el mismo instante, el rey y sus siete acompañantes, después de haber recorrido la sala en todos sentidos, se encontraron al fin en el centro, debajo de la araña. Mientras estaban allí, el enano, que no los había abandonado, se agarró a su cadena, y la enlazó rápidamente al gancho de la araña. Entonces, como empujada por un agente invisible, la cadena se elevó lo suficiente para que los orangutanes quedaran colgando.

Menos alarmadas ya, las máscaras, que empezaban a creer en una simple burla, lanzaron una formidable carcajada.

—¡Guardádmelos!—gritó Hop-Frog con su voz aguda y penetrante, que dominaba el ensordecedor tumulto.—¡Guardádmelos! ¡Yo creo conocerlos, y voy a deciros en seguida su nombres!

Entonces se acercó al muro, arrancó un hachón de una de las cariátides volvió al centro de la sala, saltó con la agilidad de un mono sobre la cabeza del rey, subió algunos anillos de la cadena, y colocó su hachón sobre el grupo de los orangutanes, como para reconocerlos.

En tanto que la multitud se desternillaba de risa, el bufón lanzó un agudo silbido, y la cadena se elevó treinta pies, balanceándose con ella los orangutanes aterrorizados. Hop-Frog, que había seguido el movimiento de ascensión, puso nuevamente su hachón sobre ellos, como si tratara de descubrir quiénes eran. Después castañeteó los dientes con un rechinamiento ronco parecido al que había emocionado al rey cuando arrojó el vino al rostro de Tripetta. No era el papagayo aquella vez; era el enano que hacía crujir los dientes apretados como si moliera cristal, mientras sus ojos centelleaban de cólera.

—¡Ah! ¡Ah! — dijo. — ¡Empiezo a ver quiénes son estas gentes!

Con el pretexto de examinar desde más cerca al rey, acercó el hachón a su vestido embreado, que inmediatamente produjó una oleada de llamas. En pocos segundos los ocho orangutanes ardieron furiosamente en medio de los gritos de horror de la multitud, impotente para prestarles socorro.

Después el fuego obligó a Hop-Frog a trepar fuera de su alcance, y entonces fué cuando, en el gran silencio que produjo el espanto general, tomó la palabra:

Veo distintamente ahora quiénes son estas máscaras—exclamó.—Veo un rey y sus siete ministros; un rey que osa pegar a una muchacha sin defensa, y sus siete consejeros que ríen viendo su infamia. Yo no soy más que Hop-Frog, el bufón: ved aquí mi última bufonada.

La obra de venganza estaba cumplida: gracias a la excesiva combustibilidad del cáñamo y de la brea, los ocho cadáveres no eran más que una masa fétida y horripilante. Hop-Frog lanzó su antorcha sobre ella, trepó por la cadena, y desapareció tras la cristalería del techo. Se creyó que Tripetta había ayudado a su compañero en tan espantosa venganza; pero no pudo confirmarse esta sospecha, porque, a pesar de cuantas pesquisas se realizaron, el histrión y la danzarina no volvieron a parecer más.

Don Ramón del Valle Inclán

El brujo de las mágicas memorias
del felino Marqués de Bradomín,
cuyas diestras conquistas amatorias
nunca, nunca leeréis que tengan fin;

a través de sus místicas historias
donde mezcla el carbón con el carmín,
se parece a Satán que anda en sus glorias
o más bien a un lascivo querubín.

No miraba a la tierra cuando mozo,
cuando lleno de lírico alborozo
se empapó del milagro musical.

Ese brujo escritor maravilloso
es satánico, mago, prodigioso,
"feo, católico y sentimental".

Emilio **PRATS GILL.**

Desequilibrio

Guardémonos de mutilar la historia para satisfacer nuestras mezquinas susceptibilidades. ¿Quién de nosotros, miserables pigmeos, podrá realizar lo que realizó el extravagante Francisco de Asís, o la histérica Santa Teresa?

¿Qué importa que la medicina posea nombres para explicar esos grandes extravíos de la Naturaleza humana? ¿Qué importa que sostenga que el genio es una enfermedad del cerebro, que no vea en cierta delicadeza de moralidad sino un principio de tisis y que clasifique el entusiasmo y el amor entre los accidentes nerviosos? Las palabras sano y enfermo son, hasta cierto punto, relativas. ¿Quién no prefiere hallarse enfermo como Pascal a estar saludable como el vulgo? Las mezquinas ideas que acerca de la locura se han propagado en nuestra época, extravían de una manera gravísima, en las cuestiones de este género, nuestros juicios históricos.

Hoy, el hombre que dijese cosas de las cuales no tuviera conciencia, o expusiera pensamientos sin que los reglase la voluntad, se expondría a que lo encerraran, por alucinado, en alguna casa de orates. Pues bien, ese estado se llamaba en otro tiempo inspiración profética. Las más grandes cosas del mundo se han hecho bajo el imperio de la fiebre; toda creación eminente implica en el ser que la produce un estado violento, una ruptura de equilibrio.

Ernesto **RENÁN.**

El prisionero

Cuenta un periódico de París que, en un sitio céntrico, un hombre joven aún pedía limosna, implorando la caridad con las siguientes frases:

—¡Compadeceos de un desgraciado que estuvo prisionero en Alemania!

Muchas personas se apiadaban sobre todo quienes habían sido presioneros durante la guerra o tuvieron a alguno de los suyos en esa triste situación. Las limosnas llovían.

Un transeunte, interesado vivamente por el pordiosero, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo ha durado su cautiverio?

—Cinco años, señor.

—¡Cinco años!—repuso el transeunte sorprendido.

El pordiosero insistió:

—Cinco años.

—¡Pero si la guerra sólo ha durado cuatro años! Usted es un impostor, un estafador...

—¡El impostor lo será usted!

Se agría la cuestión, surge un agente y... ¡allá van todos a la comisaría de policía a explicar el suceso!

—¿De modo—interroga el comisario —que usted sostiene que ha pasado cinco años en Alemania como prisionero de guerra?

El mendigo le miró indignadísimo.

—¡Pero quién ha hablado de la guerra!...

Y todo se aclaró en un momento.

El hombre, efectivamente, había estado, según afirmaba, cinco años prisionero en Alemania... Pero en la cárcel, mucho antes de la guerra, y a causa de unos robos que había hecho.

El poeta de la farándula: Pedro Sienna

Evaristo Lillo, actor, noctámbulo y excelente conversador, puso en mis manos, no ha mucho, un libro de poesías. Su título: "El tinglado de la farsa". Su autor, el múltiple hombre intelectual chileno: Pedro Sienna. Y Lillo, lo recuerdo, me dijo:

—Te recomiendo la lectura. Tú la saborearás. Las páginas de "El tinglado de la farsa" se pasan ávidamente. Un interés creciente te animará en la lectura. No hay narcótico, no hay opio en las producciones de Sienna...

Y el chileno Lillo, que fuera en la temporada teatral de 1922, primera figura de la compañía de Blanca Podestá, me dijo verdad. Acabo de leer, con mucha avidez, estas páginas de "El tinglado de la farsa". He releído, después, soneto por soneto. Y he admirado a Sienna. Es un poeta moderno. Es el poeta de la farándula. Sus versos son como certeras acotaciones a la vida del teatro, trazadas, a vuela pluma, con carbonilla, en la áspera espalda de una frívola bambalina. O, como lo ha dicho Pablo de Rokha: "Entre pirueta y pirueta, este cantor romántico y leal, melancólico, va fabricándose la vida, cantando, llorando, tapándose las lágrimas con la ruidosa alegría de su angustia". Sí. Pedro Sienna es, por momentos, un frío observador de la vida que pasa, que pasa para él frente al tinglado de la antigua farsa. Es, otras veces, romántico caballero soñador y quimérico. De su vida de juglar, ha pintado en versos tristes, sinceros y emocionales, las etapas más preciosas, los pasajes más dolorosamente recordados, las aventuras más tiernamente evocadas... Es un poeta veraz. Es un poeta hondamente emotivo. Tiene algo de Carrere y un poco de Nervo. Pero es original, único. En "El tinglado de la farsa" muestra los hechos más descollantes de la bohemia vida de lo ficticio, de los bambalinesco. En su libro ha reunido los fragmentos más puros de todo el poema de la errante existencia farandulesca. En él ha ido dejando:

"Los pedazos más bellos de tu bohemia [heroica,
los arranques más puros de tu lírico [ardor".

Yo conocía los sencillos y exactos versos de Sienna antes de ahora. Mucho antes que el poeta los recopilara, cuerdamente, en este libro "El tinglado de la farsa". Se los oí a Lillo una noche. Fué durante la actuación del conjunto artístico chileno de Mario-Padín, en el teatro Nuevo. En nuestros vagabundeos, más o menos líricos, ora con Moock, ora con Víctor Domingo Silva—el Rubén, de Chile,—aprendí, también, las poesías de Sienna. Sobre todo me las recitó y repitió, gentilmente, a mis instancias, Evaristo Lillo. Ver clarear, contemplar un bonito y bucólico amanecer, Palermo abajo, era para nosotros, chilenos y argentinos, placer de dioses en aquellas frescas madrugadas, precursoras de calurosas mañanas de diciembre de 1924... Muchas noches, cenando en el Tropezón, pensábamos más en Sienna, que en esquivar una botella arrojada por algún "patotero", en directa línea de nuestra mesa... Recuerdo que Lillo, frente a un clásico "bistec con patatas", tornábase más sentimental que un mandoneón... El "guatón"—gordo—hablaba, entonces, de Sienna y de otros poetas chilenos. Y declamaba, sin énfasis, con pausas sucesivas, para no perjudicar su apetito, "Cuando cae el telón", "El aplauso teatral"—"Hojita de laurel dice el poeta, triunfo pequeño",—y otras composiciones. Si queríamos oírle buenos versos, debíamos llevar a Lillo al "restaurant"...

Me emocioné, puedo asegurarlo, con las poesías de Sienna. Me fué simpático en seguida su estro poético. ¡Qué bien conocía los mil vericuetos de la agitada avida farandulera este ágil cantor! Y, poco a poco, algunos de sus sonetos juguetearon en mi memoria... Ahora, hace una semana, otro dilecto amigo chileno, el autor teatral y periodista Guillermo Bianc' alejado de nuestra babélica metrópoli —donde cosechara aplausos con su comedia "La suegra ideal"—para vivir plácidamente su vida de poeta en la poética Salta, como cónsul de su país, me envió, cuidadosamente resguardado por gruesa cubierta, otro ejemplar del libro de Sienna. Y, con alegría, sí, leí no una, sino varias veces las producciones del lírico bohemio. Impregnado mi espíritu de la honda melancolía que emerge de esas sencillas y admirables páginas de "El tinglado de la farsa", ¡cuán noblemente comprendí estos versos cálidos que Víctor Domingo Silva dedicara a Sienna para prólogo de su libro:

Andariego y curioso por instinto,
músico de afición,
cómico enamorado de la escena,
torero a las perdidas, periodista y [pintor,
bohemio de alto bardo, caballero mo-[derno,
galán conquistador;
yo sé que bien mereces—como la exac-[ta síntesis
de los arrestos de tu corazón—
que alguna mano femenina borde
esta gallarda cifra en tu blasón:
"Pedro Sienna, poeta
por la gracia de Dios".

Tal es Sienna. Un poeta de farándula, y, cosa rara, "por la gracia de Dios". Harán bien en leerle las gentes de teatro. Les recomiendo a ellos las páginas de "El tinglado de la farsa". En cada página, los eternos aduladores de un soñado ideal, encontrarán un pasaje vivido de esa vida indecisa, imprecisa y difícil.

¡Bohemios, cómicos: tenéis vuestro poeta! Es Pedro Sienna. Leedle... (Y, ¡por favor! no recitéis sus lindos versos... Quizá lo hiciérais mal...)

Luis María ALVAREZ.

MISIA MARÍA

CUARENTA AÑOS DEDICADOS A LA ENSEÑANZA
UN HOMENAJE URUGUAYO



Señora María Stagnero de Munar.

Doña María Stagnero de Munar fundó y dirigió durante treinta años el "Internato" y después "Instituto Normal de Señoritas" del Uruguay; una vez jubilada, se dictó una ley nombrándola "directora honoraria, en mérito a sus grandes servicios a la causa de la educación común". Desde 1887 actuaba en las escuelas de su país y en las sociedades que fomentaban la enseñanza. Era entonces, y fué por varios años, acto heroico ser maestro y, sobre todo, maestro con ideas en el cerebro. La señora de Munar decía a sus discípulos: "No os dejéis dominar por la desesperanza. Mantened vivo el ideal; cualquiera que él sea: ciencia, arte, amor, siempre llevaréis en vosotros una luz que irradiará hasta los confines lejanos de la existencia. Formaos un modelo interior de vuestra vida, noble y puro, y sujetad a él todas vuestras acciones". Así hablaba y así vivía, edificando con su palabra y con su acción.

Hasta en los discursos pronunciados sobre su tumba, se le llamó cariñosamente "Misia María". Durante cuarenta años difundió la cultura en el Uruguay. Fué maestra de maestras. Colaboradora del inolvidable reformador José Pedro Varela, continuó su obra, calurosamente, durante un largo tercio de siglo. Largo para los que medimos su esfuerzo y lo encontramos abrumador, por lo abnegado y heroico. Breve para ella, que cuando se le habló de la necesidad de jubilarse, expresó con un leve plegar de labios todo el dolor que le significaba la retirada. Refiriéndose a su labor infatigable, dice un informe oficial: "Es maestra, es madre, es enfermera; no se concede descanso ni en los días feriados; no goza de vacaciones durante siete años seguidos". A tal temperamento, sólo podía producirle fatiga la hora obligada del descanso, impuesta por la salud precaria, en la edad provecta.

En cuatro rasgos, esa fué "Misia María", la noble educacionista uruguaya que cayera el año anterior en Montevideo, dando lugar, con la celebración de sus exequias, a una verdadera apoteósis del pueblo que conocía de cerca su acción tenaz, desinteresada y fecunda.

El Uruguay ha resuelto rendir a esa mujer admirable el tributo que ella se merece. Desde el 25 de mayo se encuentra abierta una gran colecta nacional, destinada a honrar su memoria. Terminada esa colecta, que clausuraráse el 25 de junio corriente, se resolverá, en definitiva, la forma del homenaje. Preside el Comité Ejecutivo Central, en Montevideo, la señorita Enriqueta Compte y Riqué, otra eminente figura de la escuela uruguaya. En Buenos Aires se ha designado una delegación, encargada de solicitar el óbolo de los uruguayos residentes en la Argentina. Muchos de ellos fueron discípulos de la señora de Munar. Y es el caso de reproducir estas palabras de Rodó, relativas a la obra de "Misia María": "Las generaciones educadas bajo la inspiración de la reforma escolar, participan en las funciones de gobierno, contribuyen a dar impulso y carácter a todas las actividades sociales y tienen parte principal en la representación de esa cultura; y esas generaciones serían bien ingratas e insensibles, si no aprovecharan toda oportunidad de honrar y recompensar a los que consagraron a aquella obra imperecedera, todas las fuerzas de su vida".

AGEACHE.

Los camaleones del mar

Peces que cambian de color

Las personas poco versadas en historia natural consideran los cambios de color del camaleón como una maravilla única, o poco menos. Hay, sin embargo, muchos otros animales que pueden alterar igualmente su coloración para adaptarse al medio que les rodea. Entre estos animales se cuentan numerosas especies de peces. La platija, el lenguado y otros que viven igualmente en el fondo del agua, pueden confundirse de tal manera con la arena sobre la cual permanecen tendidos, que es sumamente difícil verlos; y un fenómeno análogo se observa en una porción de peces propios de los climas tropicales.

Los cambios de color de los peces sólo pueden estudiarse, como es natural, en los grandes acuarios, donde es posible rodearlos de condiciones análogas a aquellas en que los coloca la naturaleza. Cuanto mayor sea el tanque ocupado por cada especie, y mayor variedad de accidentes, rocas, piedras y plantas acuáticas haya en él, tanto más fácil y frecuentemente se observará el fenómeno.

Los diferentes colores que puede presentar sucesivamente un pez pueden ser resultados de emociones experimentadas por el animalito; pero el matiz general del medio y aun la cantidad de luz que el agua recibe, basta para determinar tales cambios. De aquí que dichos colores se clasifiquen en colores de ocultación, de excitación, de miedo y de cólera. Esta última categoría no se observa jamás en un pez que dispone de un tanque para él solo.

Uno de los ejemplos más notables de estos peces camaleones, es una especie muy común en el mar de los Antillas, que los norteamericanos llaman "Nassau groper". Tan pronto es uniformemente obscuro, como de un blanco de crema; en una tercera fase es obscuro por el lomo y blanco por debajo; otras veces, el lomo está cubierto de bandas, y el abdomen es blanquecino, o bien el color obscuro ordinario se matiza de rojo, o el cuerpo aparece mitad blanco y mitad negruzco, con una ancha faja separando ambos colores; o, finalmente, cuando el pez descansa tranquilo entre los rocas, es de un color obscuro moteado de blanco. Como puede verse, el camaleón resulta junto a este pececillo un transformista de repertorio muy modesto.

Otra especie tropical, el quetodonte de labios rojos, ordinariamente de un color amarillo pálido con rayas plateadas, cuando se asusta toma un matiz obscuro, con manchas más obscuras todavía. Estas manchas desaparecen en cuanto la alarma cesa, pero como recuerdo quedan por largo rato dos bandas negruzcas longitudinales, una desde el hocico a la cola, y otra, graciosamente curvada, desde la frente hasta la aleta dorsal.

No menos notable por los bruscos cambios de color que ofrece, es el pez loro. Cuando nada sin que se vea turbada su tranquilidad, tiene todo el vientre y las aletas en él insertas, de un bonito color rojo. De pronto, todo su cuerpo toma un color pardo obscuro, algunas escamas quedan blancas, dando al pez un aspecto moteado; la cabeza y la aleta dorsal se tornan casi negras, y la cola adquiere un vivo tinte carmesí, extrañamente listado de blanco. Tan variados y vivos matices desvanécense bruscamente, y el pez se torna blanquecino, mejor diríamos incoloro. Su aspecto es entonces el de un pez muerto, de esos que en los museos de historia natural se conservan en frascos de alcohol y pierden todas sus bellas tintas por la acción combinada del líquido y de la luz.

El acanturo azul es otro pez que puede ofrecer dos coloraciones muy distintas: una azul brillante, otra blanca, de un blanco diáfano y como espectral.

Este segundo color es el que tiene cuando nada tranquilo cerca del fondo; la menor alarma, el menor asomo de peligro, produce la fase azul.

Otra especie del mismo género, de color de canela en circunstancias ordinarias, se torna roja en los momentos de excitación o de peligro.

Todos estos cambios de color son producidos por alteraciones en las células colorantes de la capa inferior de la piel del pez, células que dependen directamente del sistema nervioso.

Los cambios de color, por consiguiente, reflejan exactamente el estado nervioso del animal, aunque, sin duda, algunos de ellos son sólo producidos mecánicamente por acción refleja, como en los casos en que la causa primera del cambio es la luz, la obscuridad o el color del medio.

La rana común es uno de los animales que, aunque en escala mucho más modesta, ofrece el mismo fenómeno que los peces mencionados.

EL TEATRO
CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

ANTIALCOHÓLICA

La compañía Velasco sigue actuando con gran éxito en el teatro San Martín. Nosotros la hemos elogiado sinceramente porque lo merece. Cuenta con muy buenos elementos—la Caballé, la Rovira, etc.,—tiene un plantel feminista que le hace a uno patinar en la arena y dispone, así como para ir matando el tiempo, de dos revistas interesantes y de gran efecto, "Arco iris" y "La tierra de Carmen", presentadas con un lujo que corta la respiración. Todo esto está muy bien. Nadie puede reprochar nada, ni pedir más ni mejor. Pero la empresa Velasco ha cometido una torpeza censurable que no podemos dejar pasar sin comentario. En vista del grān éxito alcanzado, resolvió dar todos los días una sección vermoûth. Estos españoles son tremendos. Siempre la protestan y tienen que ser las cosas como a ellos se les ocurre. El señor Velasco ha creído hacer una gran cosa y se ha tirado una plancha.

¡Poner vermouth en el San Martín! ¡Pero, hombre, si todos los "san martín" lo tienen.

EXTRAVÍOS

Cuando la compañía de José Gómez se levante de la mesa, es decir, cuando termine "La ceña de las burlas", se estrenará en el Liceo una pieza de su director artístico, Federico Mertens, titulada "El mundo está perdido". ¡No crea, señor Mertens, la cosa no es para tanto! A menos que se refiera al mundo teatral.

LOS CRONISTAS, AGRADECIDOS

¡Por fin van a ocuparse de nosotros! Los pobres cronistas teatrales que sufrimos tantos estrenos con una resignación jobiana y jovial, no merecíamos una palabra cariñosa de nadie. Ni autores, ni cómicos, ni público nos hacían justicia, ni siquiera se acordaban de que existíamos en este valle... y Ordóñez. Un autor, José A. Saldías, parece haberse compadecido de nosotros. Así por lo menos nos lo figuramos al enterarnos del título de una pieza que en breve será estrenada en el Smart. Nos referimos a "Los Angelitos". ¿Verdad que somos nosotros? Gracias, señor, muchas gracias.

¡AH, VAMOS!

—Julio Sanjuán y un conjunto
de comedia, de buen nombre,
cuando el Mayo estuvo a punto
debutó con "Es mi hombre".
Cayó Sanjuán en el Mayo
con suerte y andan tan ternes.
—¿Buenas obras? ¿Mucho ensayo?
—¡Es que Sanjuán cayó en viernes!

CAMBIO DE CUERDA

El gran Parra venía haciendo de ricotipo criollo en "los dos polos" y como está dotado de un espíritu inquieto, evasivo y tornadizo, pensó que al cambiar el cartel debía substituir el personaje (porque las obras que se escriben para Parra son la historia de un personaje), por otro completamente opuesto.

Así, pues, Parra pasó de calavera tramposo y divertido a genovés dramático, con toda la intensidad de pasiones que caracteriza a los paisanos del gran Cristóforo. Tal es el papel que desempeña "il capo" del Argentino, en la nueva obra "Don Bautista", de López Silva y De las Llanderas, estrenada en la semana anterior y de la que nos ocuparemos en la próxima.

EL FAMOSO VÉRTIGO

Habíamos quedado hace mucho tiempo en que la compañía de Blanca Podestá que viene tiranizando en el Marconi un rato largo, iba a estrenar en seguida "El vértigo", interesante pieza de Meré. Pues bien, estamos en [illegible] más.

PRONÓSTICO

Probablemente en [illegible] semana se estrenará por la comp[illegible]aux una nueva pieza de Hicken, para reemplazar la de Novión "En un burro, tres baturros" que se ha mantenido largamente en escena. Palpitamos que la nueva obra tendrá excelente acogida, tanto por el autor como por el título. Hicken es un buen comediógrafo, que siempre ha estado bien. ¡Cómo no ha de estar bien ahora "Entre polleras"!

POR LAS NUBES ES LA COSA

El señor Isaac Morales (hijo) escribió hace unos meses una obra de mucho éxito y de actualidad titulada "La Machona" y ahora va a estrenar en el Avenida una revista que nó sabemos si triunfará también, pero que innegablemente está fuera de actualidad. Se titula "Los dioses tienen sed". Sin duda estaría bien para el verano. ¡Pero en invierno! A menos que se trate de sed de venganza, sed de amar o sed compasivo con los animales. Y está bien eso de ser compasivo, porque en todo queda bien el compás.

"MANDINGA" FUÉ APLAUDIDA

La nueva producción de Julio F. Escobar parece al pronto un episodio histórico, pero no lo es. Ha querido exaltarse la nobleza y lealtad de un soldado criollo que mata a su jefe superior,—un coronel arbitrario y canallita—en trance de querer seducir por la violencia a la esposa de un teniente, de quien es asistente Mandinga. El asunto, limitado a ese incidente, diríamos, de la vida de cuartel, no da para mucho. Sin embargo, Escobar lo ha teatralizado con eficacia y sus tres cuadros aparecen limpios de frondosidades escénicas. César Ratti, a cargo del papel de Mandinga, dió vida al personaje, bien secundado por sus demás compañeros de tablado.

Reintegrados a esta compañía la actriz Emma Bernal y el actor Dalmiro Casal, hicieron su presentación el miércoles pasado, día en que se estrenó una adaptación de "Mia moglie non ha chic", a la que su traductor, ¡nada menos que el actor Fuentes!, le ha puesto el título de "Sanjuanina de mi amor",

AUMENTAN LOS PATOTEROS

La última pieza estrenada en el Buenos Aires, "Patotero, rey del bailongo", pertenece al género de "El rey del cabaret" y otros reyezuelos escénicos en boga. Su autor, don Manuel Romero, dispuesto a demostrar que es inagotable en esta clase de piezas, tiene dos o tres más por estrenar... Como se trata de obras—hay que llamarlas de alguna manera—que escapan a todo comentario, los cronistas estamos de parabienes...

MARY-MORGANTI-GUTIÉRREZ

El más flamante de los conjuntos de género chico nacional y en el que menos esperanzas tenían algunos, viene desarrollando holgadamente su temporada en el Maipo, sala recién conquistada por las huestes del teatro autóctono.

El último estreno, "Un directo al corazón", viene resultando un buen éxito y nada difícil sería que volvieran a "pegarla" con "Los ojos verdes", de Parra e Insausti, que posiblemente se estrenó en estos últimos días. La comentaremos oportunamente.

ELOGIOS LÍRICOS

CHOPÍN

Llueve Chopín en la penumbra grata
sonoras gotas de melancolía.
Es una lluvia lenta, penetrante
que humedece los nervios fibra a fibra.
Los oyentes estamos recogidos,
al peso de la carne adormecida,
casi sin respirar, mudos, inmóviles,
con un asombro vago en las pupilas,
con el oído atento, atento, atento
en atención doliente y exquisita...
Con el oído atento, atento, atento,
con un asombro vago en las pupilas.

BRAILOWSKY

Lleva su corazón en un flúido
de arte y de emoción hasta sus dedos,
y toca y toca y en sus dedos canta
su corazón como un zorzal de ensueño,
que vierte el agua clara de su canto
en el árbol dormido de mis nervios
que yergue noblemente su ramaje
en un glorioso florecer de ensueños.

Mayorino Ferraria

POR EL NACIONAL...

...sigue dominando Juan Moreira, éxito que amenaza sobrepujar a "Tu cuna fué un conventillo".

"EL MUNDO EN KODAK"

La última revista de Pelay continúa siendo explotada en el Porteño, cuya empresa la puso en escena con mucha propiedad. Una sección ocupa hasta el momento en que trazamos estas líneas, "Adiós, que me voy llorando", de los doctores Oscar R. Beltrán y Carlos E. Ossorio (A. Ossorio le damos el título "honoris causa").

"LA BAYADERA"

Una bonita opereta con bastantes desnudeces femeninas y una música muy alegre, es ésta que estrenó en el Politeama la compañía Bertini-Gionna. Todo esto dicen los colegas, pues a nuestro cronista no lo dejaron pasar a cumplir con la obligación de ver el estreno para informar a nuestros lectores.

COMEDIA

"Los pollos bien" constituyen un éxito en los dominios de don Vicente Rey. El sainete de Jiménez y Paradas, con su lluvia de chistes de toda especie, agrada al público y como el público es quien mantiene las obras en el cartel, "Los pollos bien" llegarán a convertirse en gallinas o gallos con éspolones.

LA SEÑORA TESADA DEBUTÓ EN EL FLORIDA

Un elenco modesto, pero sobrado de voluntad y entusiasmo artístico, ha reunido en su torno la conocida actriz Angela Tesada, figura de viejos prestigios en nuestros escenarios. Si hemos de juzgar por el público del debut, esta nueva compañía nacional ha de realizar una discreta temporada en el Florida, teatro que no siempre ha sido propicio a las compañías nacionales.

"Celos" y "Sol de aldea", obras del debut, constituyen interesantes obras del teatro ruso. La primera, drama de M. Arzibachev y la segunda, comedia de J. Gordine, fueron interpretadas discretamente y el público las acogió con caluroso aplauso.

Se anuncia en ensayo "Las malas mujeres", de Estevanos y Vergara.

CASINO

Los perros actores, pintoresco número, los liliputienses rusos y el cantante de las cuatro voces, Lord'Ain, son los mayores atractivos de este teatro.

GRAND SPLENDID

La hermosa sala de la calle Santa Fe ha regisurado grandes éxitos en las funciones efectuadas en estos últimos días. La novedad de las películas que pasa y el creciente prestigio de este cine, hacen que día a día se desarrolle con mayor fortuna la temporada invernal, que este año será una de las más interesantes.

CAPITOL

El repunte de público parece un fenómeno firme y tendiente a acentuarse. Bien es verdad que la empresa viene dando espectáculo cinematográficos muy interesantes, seleccionando entre las mejores y más emotivas producciones de los últimos tiempos.

CORREO TEATRAL

E. P. E.—Un poquito ingenua salió Pina, pero procuraremos satisfacerla. A una chica de elegante caligrafía y en buenas relaciones con la gramática, no puede negarle nada un cronista galante y soltero. ¡Epa!... es decir E. P. E.: o mucho nos equivocamos o usted adora jugar a las escondidas, ¿verdad?...—*C. C. S.*

PÁ[illegible]NA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí

—¡Te [illegible] cuenta! Una prima de Violeta ha venido a pasar unos días con ella. Se llama Lilia. Dicen que el padre tiene veinte millones. Y me ha dicho si quiero salir esta tarde a dar una vuelta con ellas, y que me busque un amigo para acompañarlas.

¡YO! ¡¡SI!! ¡¡¡VOY!!!

gan. Hay que hacer juego con las [illegible] ¡No pueden [illegible]

—¡No me digas! ¿Uno de veras que camina solo? ¡Choca esos cinco! Te enseñaré la casa en seguida.

— Linda [illegible] ta les hicimos. Date cuenta si Violeta y la prima millonaria nos ven con esos tipos, se nos arruina el porvenir.

— [illegible] te. No hay más que ver los pantalones de limpiador de cloacas de Pedregullo. Con chicas así hay que ir de jailaife. Es lo que siempre me digo cuando me pongo [illegible]

—¡A ver cómo te portas! Yo los voy a presentar diciendo el joven Eduardito sportman, la distinguida señorita Lilia. Y tú dirás: ¡encantado!

—Ya lo sé. Mira el sombrero me lo voy a sacar así. Te vas a quedar sorprendido de mis modales. No es la primera vez, gracias a Dios, que trato con damas.

—¿Y ese papel? ¡Agárrame el corazón!

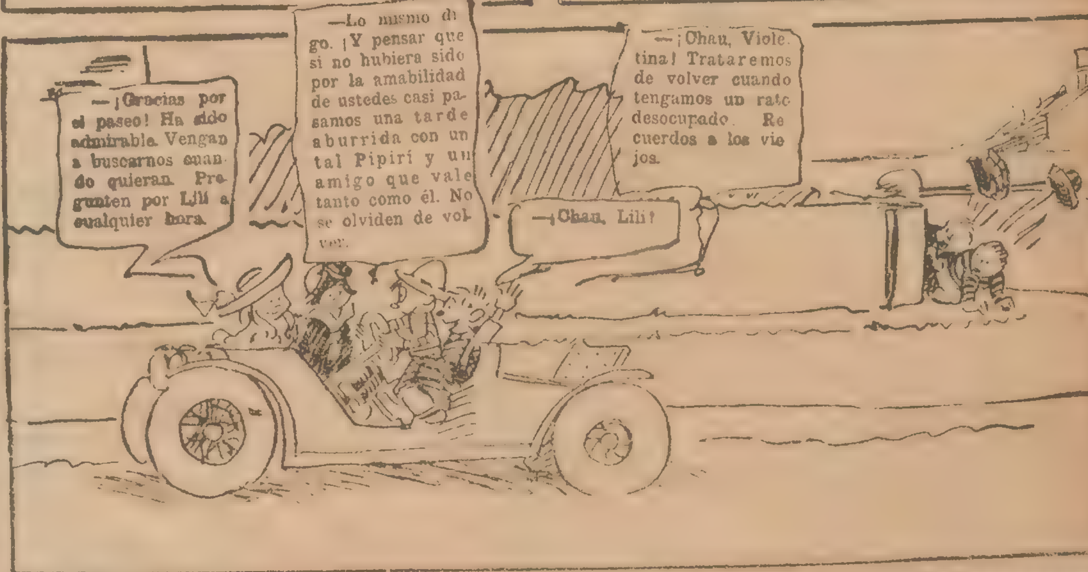
—Dice así: "Estimado Pipirí: lamento mucho faltar al paseo. Unos amigos nos han invitado a salir en auto.—Violeta".

—¡En auto! ¿No te dije que eran muchachas chic? No salen más que en auto. ¡En auto y con amigos!

—¡Imagínate el tupé de Pedregullo y el Lungo: nada menos que pretender que los presentáramos a estas niñas de auto corrido! Pero lo hacían de ignorantes que son.

—Vamos a espiar desde la esquina sólo para ver qué clase de amigos son.

—¿Para qué?... Ya me los imagino de sombrero de copa y varita y crisantemo en el ojal.



EL EREMITA, por Guy de MAUPASSANT.

Habíamos ido a ver con unos amigos la vetusta ermita edificada sobre un antiguo túmulo cubierto de grandes [illegible], en medio de la vasta llanura que se extiende desde Cannes a Papoule.

Al volver hablábamos de aquellos extraños solitarios laicos, numerosos antes y cuya raza va desapareciendo. Buscábamos las causas morales de este hecho y nos esforzábamos por determinar la clase de penas que llevaban antaño al hombre a buscar la soledad.

Uno de nuestros compañeros dijo de pronto:

He conocido dos solitarios: un hombre y una mujer. La mujer debe estar aún viva y hace cinco años habitaba unas ruinas en la cima de un monte, completamente desierto, de la costa de Córcega, a quince o veinte kilómetros de toda mansión. Vivía con una criada, y yo que fuí a visitarla puedo decir que indudablemente había sido una mujer elegante y distinguida. Recibióme con cortesía y hasta con amabilidad, pero no supe nada de su vida anterior, ni pude adivinar cosa alguna.

Respecto al hombre, voy a contaros una siniestra aventura:

Volveos. ¿Veis allá lejos aquel monte puntiagudo y frondoso que se destaca detrás de Napoule, completamente solo delante de las cimas del Esterel? Serpientes, y allí vivía mi solitario hace unos doce años, dentro del recinto de un pequeño templo antiguo.

Habiendo oído hablar de él, me decidí a conocerle, y una mañana de marzo salí de Cannes a caballo. Después de dejar mi cabalgadura en la posada de Napoule, emprendí la subida a pie por aquel extraño como que tal vez tiene ciento cincuenta o doscientos metros de altura y que está cubierto de plantas aromáticas, sobre todo de cistes, cuyo olor es tan vivo y penetrante, que trastorna y causa mareos. El suelo es pedregoso y se ve a veces que se deslizan bajo los guijarros grandes culebras, que desaparecen entre la hierba. De aquí su muy merecido nombre de Monte de las Serpientes. Algunos días, los reptiles parece que nacen bajo los pies cuando se sube la pendiente al apuntar el sol, y son tan numerosos, que ya no se atreve uno a andar y se siente un malestar extraño, no miedo, porque aquellos animales son inofensivos, sino una especie de espanto místico. He experimentado mucho, varias veces, la singular sensación de subir a un monte sagrado de la antigüedad, a una caprichosa colina perfumada y misteriosa, cubierta de cistes, poblada de serpientes y coronada por un templo.

Este templo existe aún, al menos a mí me aseguraron que aquello fué un templo, y yo no quise hacer más indagaciones para no quitar encanto a mis emociones.

Subía yo, pues, al monte una mañana de marzo so pretexto de admirar el paisaje al llegar a la cumbre, vi, en efecto, unos muros y a un hombre sentado en una piedra. No tenía éste más de cuarenta y cinco años y aunque sus cabellos fuesen completamente blancos, su barba era casi toda negra. Acariciaba a un gato acostado en sus rodillas y parecía no haber notado mi presencia. Di una vuelta a las ruinas, cubiertas en parte por una techumbre de ramas, paja, hierbas y guijarros para servir de habitación a aquel hombre. Me aproximé a él.

Desde aquel sitio, el paisaje era admirable. A la derecha el Esterel, de puntiagudas cimas cortadas a pico, y después la inmensidad del mar extendiéndose hasta las lejanas costas de Italia con sus numerosos cabos y enfrente de Cannes, las islas de Lerins, verdes y llanas que parecen flotar, y la última de las cuales ofrece la vista de un alto y viejo castillo fuerte de almenadas torres construído sobre las propias olas.

Dominando la verde costa, semejantes a innumerables huevos puestos a orillas del mar, se percibe el rosario de blancas casitas de campo en medio de los arbolados, y por encima se elevan los Alpes, cuyas cimas están todavía aún cubiertas de nieve.

Yo murmuré:

—¡Dios mío! ¡qué hermoso es esto!

El hombre levantó la cabeza y me dijo:

—Sí, pero monótono cuando se contempla todos los días.

Desde el momento en que el solitario hablaba y se aburría ya le consideré mío.

No me quedaba más que aquel día, y me esforcé únicamente por adivinar el color de su misantropía. Me hizo al principio el efecto de un ser cansado de los demás, aburrido de todo, irremediablemente desilusionado y disgustado de sí mismo y del prójimo.

Después de media hora de conversación me separé de él; pero volví ocho días más tarde, otra vez a la semana siguiente, y después todas las semanas, tanto que al cabo de dos meses éramos amigos.

Ahora bien, una tarde de los últimos días del mes de mayo, juzgué llegado el momento oportuno y llevé provisiones para comer con él en el Monte de las Serpientes.

Era una de esas tardes de los países meridionales tan perfumadas en aquellas tierras donde se cultivan las flores, como el trigo en el norte, y donde se fabrican casi todas las esencias que aromatizan las carnes y las ropas de las mujeres, una de esas tardes en que las emanaciones de los innumerables naranjos que pueblan los jardines y los valles conmueven y adormecen el alma hasta el punto de hacer soñar en el amor a los ancianos.

El solitario me acogió con visible gozo y consintió gustoso en participar de mi comida.

Le hice beber un poco de vino, costumbre esta que había perdido ya, y entonces se animó y empezó a hablar de su vida pasada. Parecía que siempre había vivido en París y que había hecho vida de soltero alegre.

De pronto le pregunté:

—¿Qué extraña idea le ha movido a usted a venir a vivir en esta cima?

—¡Ah!—me respondió en seguida,—yo he recibido el golpe más rudo que puede recibir hombre en la tierra. Pero ¿por qué ocultarle a usted mi desgracia? Tal vez haga que se compadezca de mí... y por otra parte... no se lo he dicho nunca a nadie... nunca... y quisiera saber lo que de ella piensa otro... y cómo la juzga.

Nacido en París y en París educado, crecí y viví siempre en esta capital. Mis padres me dejaron algunos miles de francos de renta y mediante recomendaciones, obtuve un empleo modesto y tranquilo que me permitía vivir como un muchacho rico.

Desde mi adolescencia hice verdadera vida de soltero. Ya sabe usted lo que esto significa. Libre y sin familia, resuelto a no tomar nunca mujer legítima, pasaba tres meses con una; seis con otra, y a veces un año entero sin compañera; revoloteando entre el enjambre de muchachas que se entregan ó se venden.

Este género de vida ordinaria y trivial, si usted quiere, me convenía y satisfacía mis gustos naturales de mudanza y de curiosidad estúpida. Vivía en el bulevard, en los teatros y en los cafés; siempre fuera de casa y casi sin domicilio, aunque tenía una habitación convenientemente dispuesta.

Era uno de esos miles de seres que flotan como corchos en la vida, para quienes el recinto de París es todo el mundo y que no se preocupan por nada, ni por nada sienten pasión. En fin, creo juzgarme con exactitud diciéndole que era lo que se llama un buen muchacho, sin virtudes y sin defectos.

De los veinte años a los cuarenta, mi vida transcurrió infecunda y rápida, sin ningún acontecimiento notable. ¡Con cuánta rapidez pasan los años monótonos de París donde no impresiona el alma ninguno de esos recuerdos que forman época, esos años largos y efímeros a la vez, banales y alegres en que se come, se bebe y se ríe sin saber por qué, y en que los labios están siempre dispuestos a gustar el placer s[illegible] [illegible]etecer nada en realidad! Entonce[illegible] [illegible]no joven y se hace viejo sin habe[illegible] [illegible]ho nada de lo que hacen los demás [illegible]n ningún vínculo, casi sin amigos, sin padres, sin mujeres, sin hijos.

Llegué yo, pues, suave y rápidamente a mis cuarenta años y para celebrar este aniversario me prometí a mí mismo una gran comida en un buen café.

Yo era un solitario en medio del mundo y hallaba agradable celebrar esta fecha en soledad.

Después de comer, dudé acerca de lo que haría. Sentí deseos de entrar en un teatro y por fin se me ocurrió la idea de hacer una peregrinación al barrio Latino, donde había estudiado antaño la carrera de Derecho. Atravesé, pues, París y entré sin premeditación en una de esas cervecerías en que sirven camareras.

La que servía en mi mesa era jovencita, bonita y risueña. La invité y ella aceptó en seguida, sentándose enfrente de mí y mirándome con su ojo experto, sin saber con qué clase de hombre se las había. Era rubia, fresca, una de esas criaturas cuyas rosadas y rotundas carnes se adivinan bajo sus sencillas ropas. La dije esas mil cosas galantes y necias que se les dicen siempre a tal clase de mujeres, y como era verdaderamente encantadora, se me ocurrió de pronto la idea de llevármela... por supuesto, para celebrar mi aniversario. La cosa no fué tarea larga ni difícil: ella era libre... hacía quince días... según me dijo, y aceptó desde luego mi invitación de cenar en los Halles tan pronto como acabase su trabajo.

Como temía que no cumpliese su palabra — que nunca se sabe lo que puede ocurrir, ni quien puede entrar en esas cervecerías, ni el viento que sopla en una cabeza de mujer,—permanecí allí toda la tarde esperándola.

Yo también estaba libre hacía un mes o dos, y viendo ir a aquella encantadora principiante del amor de una mesa a otra, me preguntaba si no haría bien en arreglarme con ella por algún tiempo. Lo que le voy contando a usted no es más que una de esas aventuras cotidianas de la vida de los hombres en París.

Perdóneme usted estos groseros detalles, pero ya sabe que los que no han amado prácticamente, toman y escogen las mujeres como se escoge una chuleta en la carnicería, sin ocuparse de otra cosa que de la calidad de su carne.

Nos fuimos, pues, a su casa, porque yo, enmedio de todo, nunca quise profanar la mía. Era aquella un cuartito de obrera, limpio y pobre, situado en un quinto piso, donde pasé dos horas deliciosas. Aquella muchacha tenía en

realidad una gracia y un encanto extraordinarios.

Cuando me iba a marchar, me aproximé a la chimenea para colocar sobre ella el regalo reglamentario, después de haberme citado para otro día con la joven, que permanecía en el lecho, y entonces reparé vagamente en un reloj bajo un fanal; dos floreros y dos fotografías, una de las cuales, muy antigua, era una de esas pruebas sobre cristal llamadas daguerreotipias. Por pura casualidad me fijé en aquel retrato, y al verlo, no fué pequeña mi sorpresa y mi admiración... Era el mío, uno de mis primeros retratos, que me había hecho antaño cuando vivía de estudiante en el barrio Latino.

Lo cogí bruscamente para examinarlo más de cerca. No me engañaba... y tan extraña e inesperada me pareció la cosa, que me dieron ganas de reír.

—¿Quién es este señor?—le pregunté a la joven.

—Es mi padre, a quien no he conocido — me respondió; — Mamá me lo dejó, encargándome mucho que lo guardase, porque tal vez algún día podría servirme.

Diciendo esto, la joven titubeó, se echó a reír y agregó:

—No sé para qué, a decir verdad, pues no creo que venga nunca a reconocerme.

Mi corazón latía precipitadamente, con la precipitación del galope de un caballo desbocado. Dejé el retrato sobre la chimenea, puse encima, sin saber lo que hacía, dos billetes de a cien francos que llevaba en el bolsillo y me marché, exclamando:

—Hasta muy pronto... hasta muy pronto, querida mía, hasta la vista.

—Hasta el martes—oí que me decía cuando estaba en la obscura escalera, que bajé a tientas.

Una vez en la calle, noté que estaba lloviendo y eché a andar a toda prisa, internándome en una calle desconocida.

Iba cabizbajo, anonadado, confuso, procurando escudriñar mis recuerdos. ¿Era aquello posible? Sí. Recordé de pronto a una joven que me había escrito que estaba encinta al mes después de nuestra ruptura, y yo había hecho pedazos y quemado aquella carta y lo había olvidado todo. Debía haber mirado la otra fotografía que había sobre la chimenea. Pero ¡la hubiera reconocido acaso? Me había parecido que aquel retrato era de una vieja.

Llegué al muelle, vi un banco y me senté en él. Estaba lloviendo. La gente pasaba de vez en cuando provista de paraguas. La vida me parecía odiosa e irritante, llena de miserias y vergüenzas, de conscientes e inconscientes infamias. ¡Mi hija!... ¡Tal vez acababa de poseer a mi hija!... Y París, aquel gran París sombrío, melancólico, triste, negro, lleno de lodo, con todas aquellas casas cerradas, estaba lleno de cosas semejantes, de adulterios, de incestos, de jóvenes violadas. Recordé lo que se decía de ciertos lugares frecuentados por infames viciosos.

Sin saberlo, sin quererlo, yo había obrado peor que aquellos innobles seres. ¡Había entrado en el lecho de mi hija!

Estuve a punto de arrojarme al agua. ¡Estaba loco! Anduve errante hasta el amanecer, y luego me fuí a mi casa para meditar.

Entonces hice lo que me pareció más juicioso: rogué a mi notario que llamase a aquella muchacha y le preguntase en qué condiciones le había entregado su madre el retrato del que suponía ser su padre, diciéndole que un amigo me había encomendado esta misión.

El notario ejecutó mis órdenes y vino a decirme que aquella mujer había dicho mi nombre ante un sacerdote en sus últimos momentos declarando que yo era el padre de su hija.

Entonces yo, fingiendo siempre hablar en nombre de mi supuesto amigo, mandé entregar a la joven la mitad de mi fortuna, o sea unos ciento cuarenta mil francos, de cuya renta disfruta desde entonces, y en seguida presenté la dimisión de mi empleo y me vine aquí.

Errando por estos lugares, encontré este monte y me detuve en él para permanecer aquí hasta... no sé cuándo. ¿Qué piensa usted de mí y de lo que hice?

—Ha hecho usted lo que debía hacer—le respondí tendiéndole la mano.

—Muchos otros hubiesen dado menos importancia a esa horrible fatalidad.

—Ya lo sé—repuso el solitario,—pero yo estuve a punto de volverme loco, pues mi alma era, al parecer, sensible, sin que yo me hubiese dado nunca cuenta de ello, y ahora le tengo miedo a París, del mismo modo que los creyentes deben temer al infierno. He recibido un golpe en la cabeza, y esto es todo algo así semejante al golpe que se recibe cuando pasando por la calle una teja cae de un tejado y le hiere a uno en la cabeza. Pero de algún tiempo a esta parte, me encuentro algo más aliviado.

Oído esto, me separé del solitario, cuyo relato no dejó de impresionarme.

Le volví a ver dos veces más, y luego decidí mi marcha, pues nunca acostumbro a estar en el Mediodía después de fines de mayo.

Cuando volví al año siguiente, el hombre no estaba ya en el Monte de las Serpientes y nunca he vuelto a saber de él.

He aquí la historia de mi ermitaño.

BODAS DE ORO CON EL COMERCIO ARGENTINO

UNA MUJER EXCEPCIONAL

La señora Rosalía Sánchez de Vitoria, de la colectividad española de esta capital, celebró recientemente sus bodas de oro con el comercio argentino.

Llegada a Buenos Aires, en compañía de su finado esposo, don Enrique Vitoria, en los albores de nuestros progresos industriales y comerciales, y dotada de un espíritu de empresa y de energías morales poco comunes, tuvo la visión clara del porvenir del país, y en él se estableció segura de triunfar de las dificultades que habrían de ofrecer a su condición de mujer, las leyes que rigen el desenvolvimiento de atrevidas empresas materiales.

Su compañero, menos dotado para la iniciativa y la dirección de los negocios, sería apenas su principal auxiliar en la realización de sus valientes proyectos.



Señora Rosalía Sánchez de Vitoria.

Fué primero una fábrica de cigarrillos, que instalaron con el pequeño capital que traían. Y durante los tres años en que estuvieron a su frente, aumentaron satisfactoriamente su haber. Fué esta la primera casa del ramo que introdujo al país el papel de fumar, con lo que la industria nacional tabacalera experimentó sus primeros adelantos.

El lavado de lanas fué después otro de los negocios que emprendieron con buen resultado también, iniciando igualmente en el país ese género de actividad, tan desarrollado en nuestros días.

Los progresos edilicios de esta capital, se manifestaban en aquellos tiempos, principalmente, por el empedrado de sus calles. La introducción de piedra era, pues, también, un negocio prometedor. Y él fué emprendido por el valiente espíritu de doña Rosalía, siempre secundada, eficazmente, por su compañero. Muchas fueron, las calles de Buenos Aires, que empedraron, diremos así, los esposos Sánchez-Vitoria, en leal competencia con otros empresarios.

Vino después el negocio de la fabricación de bolsas de arpillera, y el de colchonetas para la armada. Y en éste nuevo género de actividad culminó el singular espíritu de esta mujer excepcional.

En lucha desigual con los grandes proveedores de la Intendencia de guerra y marina, que ante los primeros triunfos de doña Rosalía se aliaron para combatirla por medios ilegales, su genio de luchadora fué puesto bien a prueba; y gracias a la honestidad proverbial de sus procederes comerciales, como a sus dotes de gran diplomática y de carácter férreo, pudo triunfar de todos en incontables ocasiones.

Y tan indispensables llegaron a ser sus opiniones e iniciativas para los muchos Intendentes de marina con quienes actuó como fuerte proveedora, que alcanzó a merecer de aquellos funcionarios altas muestras de pública consideración.

No obstante haber entrado, ya en sus 70 años de vida agitada y haber muerto su compañero hará unos 20, sigue siendo la señora Sánchez de Vitoria un espíritu lleno de actividad. Es así que se la ve siempre vigilando el funcionamiento de la fábrica de bolsas y colchonetas que aún conserva, y cuya dirección está encomendada a sus hijos, dignos de ella.

Ha formado la señora Sánchez de Vitoria una respetable familia, aumentada con muchos nietos, al calor de cuyas afecciones pasa satisfecha sus últimos años de vida.

La colectividad española tiene, pues, con ocasión de este aniversario, un motivo de legítimo orgullo, desde que la vida y obras de la señora de Vitoria ponen una vez más de manifiesto la superioridad de la raza.

EL PERDÓN

Sólo el perdón, que no es ya fantasía,
podrá salvarme de mis amarguras,
si llegas a mi estancia cierto día
a destrozarme la melancolía
con el tesoro de tus frases puras.

El muerto amor renacerá ferviente
como querías en las viejas cartas;
y ya no lloraré cual penitente
al saber que querrás líricamente
desde el momento mismo en que tú partas!

Oscar Alberto Ibar[?]

COLABORACIÓN ESPONTANEA

Duda y fe

Para C. R. M.

Negro estaba y sombrío el firmamento,
y tu me lo mostrabas;
"así tengo, dijiste, el pensamiento",
y era porque dudabas.

De bella tarde en apacible calma
otra vez me decías:
"como ese cielo azul tengo yo el alma",
y era porque creías.

Luz es la fe, mi bien; sombra la duda;
con mi amoroso anhelo
yo le daré, si tu pasión me ayuda,
luz a tu cielo.

María Esther SIBOSSI.

A Don Quijote

Para "Fray Mocho".

Inmortal y glorioso sitibundo
de ideales, quimeras y de sueños,
tu diste con tus líricos empeños
un ejemplo sin nombre para el mundo

y paseaste tu cómica figura
impregnada de amor y de lirismo,
como una mordaz caricatura
enseñando un camino de idealismo.

Ya no hay Sancho que dude de tus fines,
y te alaban en todos los confines
como a una genial inspiración,

porque eres, Caballero de la Triste
Figura, el apóstol que nos diste
el secreto de nuestra redención.

Luis BELTRAN CASSAGNE.

Las gotas en los hilos

Es tempranito. El aire tiene
como una nube de agua en suspenso
mucha frescura; las hierbas brillan
con sus hojuelas llenas de besos.

Besos mójados por el rocío
que jugueteando bajan del cielo...
besos azules y sonrosados
como ilusiones, como deseos.

Algunos tallos de plantas pobres
con pocas hojas y algún insecto,
están mojados, también, y tienen
un poquitillo del claro cielo...

Es que... una hojuela sobre él se ríe
y es como un ojo glauco y modesto,
y tanto ríe que ya ha llorado
mojando al bueno del compañero.

Envuelto en gasas de agua y de seda,
sobre las ramas, y un poco lejos,
surge el buen padre llenando de oro
las hojas altas y los aleros.

Un tronco grande, sobre el camino,
muestra su torso rugoso y seco:
no tiene hojas... no tiene nada...
parece un hombre pobre su aspecto.

El sol asciende... asciende y la ola
de sus cariños chasquea en mil besos,
y una diadema surge brillante
del tronco mísero en el extremo.

Una arañita, la pobrecita,
una arañita, bajo el sereno,
en esa noche su tela había
tejido al pobre tronco con celo.

Luego la aurora con sus cacharros
llenos de néctar y de amor llenos,
dejó en la tela caer las perlas
y los brillantes de grandes fuegos.

El sol ahora muestra la gloria
de la diadema, sobre el insecto,
rosa fulgente que el agua crea
sobre la rosa del arabesco.



El dentista. — No abra tanto la boca... Yo pienso quedarme afuera.

Tocan las aves la buena orquesta
desparramadas en su proscenio;
las hierbas oyen, regocijadas,
cual mil oídos glaucos y tersos.

Y también oye la buena araña
de aquel derroche de luz en medio,
y poco a poco se va quedando
entre sus perlas y sus brillantes
la pobrecita... como en un sueño.

Gregorio GUZMÁN SAAVEDRA.

Desolación

Muere el jardín... Al viento
ni una hoja se mueve,
ni un rosal vierte el leve
perfume de su aliento.

Los cipreses obscuros,
bajo la luz morada,
proyectan su azulada
sombra sobre los muros.

Gravita en el ambiente
un dolor tan violento
que hasta calla la fuente...

¡Oh!, manos de otros días,
¿dónde estáis, que no os siento
temblar entre las mías?

José Marcos PAZ.

14|5|923.

Escucha...

Siempre ha de ir en cambio de tus flores
la quejumbrosa voz de mi quebranto,
y no has de comprender que te amo tanto
misteriosa mujer de mis amores.

Yo que no vi jamás a los rubores
encender las mejillas con su encanto,
ni a los ojos nublarse con el llanto
cuando los celos hieren los pudores...

He de ser para ti, como la brisa
que te besa en la faz, y va de prisa
a llevar tu perfume a lo infinito...

Un rayito de sol, una quimera,
una esperanza azul, algo que fuera
leve, sutil, muriendo despacito.

R. Marcelo ONTIVEROS.

Pórtico...

(Del libro en prensa "La fuente del zorzal").

Lector...
Mi vida ha sido muy árida y doliente.
De todos los dolores he sufrido el rigor,
pero en mis horas tristes bebiendo en esta fuente
hallé un profundo olvido para mi cruel dolor.

Ante una pena ajena nunca fuí indiferente
y al dolor de los otros siempre ofrecí una flor,
una flor de piedad bañada en la corriente
límpida y cristalina de mi fuente interior.

Esa flor que unos labios besaron es mi libro,
el psalmo generoso para el "yo" por quien vibro
sin mentiras ni formas largamente buscadas.

Si lloras y si sufres, o si amas ¡oh! lector,
lee estas rimas mías más que escritas lloradas,
y, tal vez un consuelo halles a tu dolor.

Eduardo ALVAREZ (hijo).

Rendición

Permitid, señora mía,
que yo cante en este día
de vuestro ser la grandeza,
porque nimbáis la pureza
que da en mí la fantasía...
y como quiere este vate
cantaros, para rescate
de vuestra dulce mirada,
hoy tercia, ante vos, la espada
y os la ofrece en el combate...

José Juan BIANCHI.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre „	4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año „	8.00
N.º suelto	20 cts.	N.º suelto	25 cts.		
N.º atrasado	40 „	N.º atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Compañía Gral. de Fósforos. — Talleres ex Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266, Buenos Aires



Motivos entrerrianos: Colón

Nota gráfica de nuestro corresponsal viajero, señor Falckemberg



Lugar donde se reunen los pescadores.



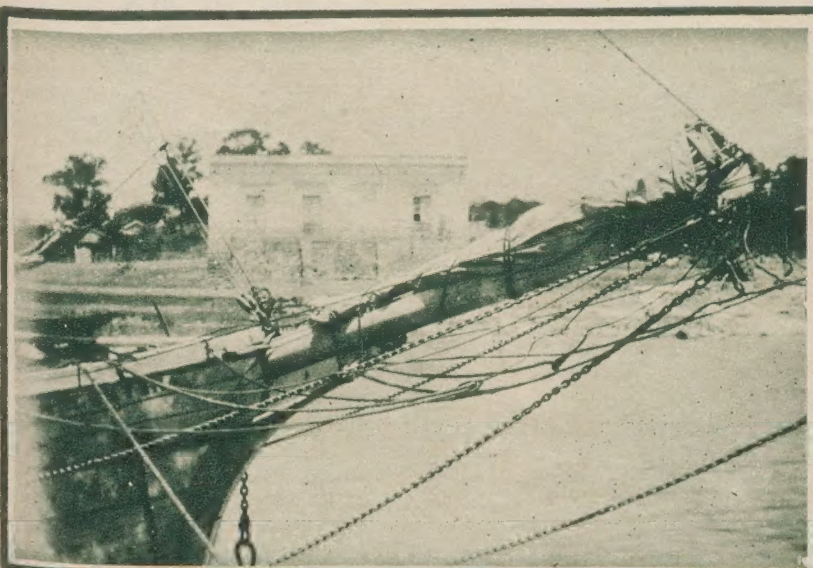
Arboleda que festonea el curso del gran afluente del Río de la Plata.



A orillas del río Uruguay. — Uno de los viejos pescadores del pueblo, dispuesto a echar la red.



El típico carro aguador.



Fotografía sacada desde la punta del muelle del puerto de Colón.



Otro aspecto del mencionado muelle, por donde se embarcan los productos de las colonias que circundan a Colón.